





Cuando el roble escucha



# CUANDO EL ROBLE ESCUCHA

*UN RELATO SOBRENATURAL*



FTMASSANA

2019

CUANDO EL ROBLE ESCUCHA

Primera edición: abril de 2019

© 2019 Ferran Torrelles Masana

Autor y editor: Ferran Torrelles Masana (FTMasSana)

Revisión: 08/2019

Contacto: [mail@cuandoelrobleescucha.com](mailto:mail@cuandoelrobleescucha.com)

# ÍNDICE

A. D. 1244 .....	11
A. D. 1846 .....	15
A. D. 1853 .....	19
A. D. 1859 .....	27
A. D. 1866 .....	55
A. D. 1869 .....	71
A. D. 1873 .....	93
A. D. 1874 .....	105
A. D. 1876 .....	133
R&R: RAÍCES Y RAMAS .....	165





Los Antiguos,  
inmersos en pensamientos milenarios,  
escuchan el siseo de los hombres,  
e ignoran sus palabras, anhelos y sangre.

Los Antiguos,  
sueñan en primaveras eternas,  
plácidas y luminosas,  
de las que no deban despertar.

*Hilari Taià i Figueres,*  
*febrero de 1878, Lleida*



## A. D. 1244

Una semilla se zarandeaba en el interior de la bolsa de un peregrino. Era una bellota oscura y pesada, que habiendo recorrido cientos de leguas desde las cumbres del Pirineo, ahora llegaba a su destino. A unas tierras olvidadas por reyes y magos donde al fin podría revivir en paz.

El buen hombre que cargaba con aquella bellota remontó una colina prácticamente desnuda, y en la cima, excavó un surco con sus propias manos. Dentro

depositó la semilla como si ésta fuera un niño, con ternura y un cierto pesar en el corazón por abandonarla a su suerte. Pero la enterró, pues era su cometido y así se lo había prometido al diácono.

Antes de partir, el buen hombre rebuscó en la ladera una piedra que le sirviera de mojón y en ella cinceló una señal. Era un símbolo antiguo y poderoso, el nombre de la savia sagrada.

—Ya está Señor, he cumplido con mi deber —se dijo el peregrino, y luego recitó en un murmullo sombrío—: *Mai devu wedivi blanu.*



A partir de ahí, bajo el vaivén de las estaciones, pasaron los años y las lluvias. De tan chica semilla brotó un tierno roble que pasó inadvertidos a los lugareños, hasta que con los siglos, fue engordando y ganando altura. El árbol fue extendiendo sus ramas sobre la

colina a un ritmo ajeno al de los hombres, y dibujó la sombra de sus dedos, cobijo improvisado de pastores de paso y algún mozuelo extraviado.

Desde la colina del roble, se veía un río zigzaguear hasta perderse en un pinar distante, y detrás de esa arboleda, se adivinaba un campanario y los tejados de unas casas viejas. Se trataba de un pueblo pequeño que nunca se fijó demasiado en aquel roble que lo observaba desde la lejanía.

Llegó un día en que en la planicie que se extendía frente al roble brotaron dos grandes masías de piedra. Los Taià y los Erola, se llamaban las familias que levantaron tales caserones. Sin darse cuenta y cada uno a su momento, los patriarcas cuchichearon sus apellidos al roble al subir a la colina para decidir el mejor sitio donde plantar sus respectivas estirpes. Por aquel entonces el roble ya era muy alto y viejo. Un roble centenario arrugado y retorcido que ningún viento, por huracanado que se levantara, podía llegar a torcer.

Los días pasaban sin prisa, las mariposas se posa-

ban en sus ramas por la mañana y el aire de media tarde mecía sus hojas. Y por las noches, el viejo roble dejó de estar completamente solo como había permanecido durante siglos. Cientos de años en que fue arropado únicamente por las estrellas y por el monótono cantar de los grillos. Ahora todo había cambiado, y le hacía compañía un teatrillo de sombras danzantinas sobre las cálidas luces que emanaban de las ventanas de las masías. Incluso a veces, en las noches más calladas, la acústica del valle le regalaba el eco distante de un barullo de voces entremezcladas o la amortiguada tonada de una alegre canción. Oírlo, sin duda, hacía al roble feliz.



A. D. 1846

Acostado bajo el árbol, entre dos grandes raíces que sobresalían del suelo, Vicenç Taià contemplaba el paisaje. A unos cientos de pasos al nordeste se levantaba su casa, la masía de Ca'ls Taià, de robustos muros de piedra; más allá serpenteaba el afluente del río que separaba las tierras de los Taià con los dominios de la masía de Ca l'Erola, que desde la distancia, aparecía diminuta y oscura; al fondo, el bosque y el pueblo, y todavía más lejos la cordillera que cercaba el valle.

Aquello conformaba su hogar, su tierra y su vida.

Terminadas hacía rato sus labores en la viña, el hombretón mascaba hinojo resguardado de una solana abrasadora e inclemente. Por fortuna —consideró Vicenç, que se adormilaba en la sombra por el influjo del sonido de las chicharras—, la población de moscas aún no estaba en su apogeo y uno podía descansar tranquilo. Con los ojos entrecerrados, Vicenç vio unas águilas que chillaban a destiempo mientras sobrevolaban el llano cuando otro sonido agudo se alzó al aire. Era el lloro de un bebé recién nacido.

—¡Ya ha salido! —no pudo reprimir Vicenç, librándose del sopor de forma repentina—. Tiene que ser un varón —se suplicó para sus adentros—, es el grito de un Taià. Seguro, seguro.

Aun siendo poco religioso y de costumbres más bien terrenales, durante todo el embarazo Vicenç había estado rezando para que el Señor le diera un heredero varón. Tanto se lo había suplicado a Dios por las noches antes de acostarse, que ahora creía discernir la



masculinidad del niño a través de aquel gemido primigenio.

—Manel... —se susurró al compás que se levantaba eufórico—. Se llamará Manel, seguro —y corrió ladera abajo para conocer a su vástago, convencido de que el Señor habría escuchado sus plegarias.





A. D. 1853

Desde Ca'ls Taià dos hermanos se acercaron a explorar la colina donde descansaba aquel gran roble recortado en el horizonte con el que habían crecido. Lo hicieron tan pronto como le permitieron a Manel, de siete años, llevarse a su hermano menor Hilari, el cual apenas hablaba.

—Venga sube. Yo te ayudo —decía Manel a su hermano pequeño Hilari, entre tendiéndole la mano y

empujándolo.

—Manel no prisa —replicaba Hilari—. Manel, no.

Escalaron la pendiente y ahí estaba: el roble se levantaba majestuoso, incluso colosal a través de los ojos de un niño. Impertérrito, parecía que los observaba con millares de ojos oscuros inscritos en las profundas hendiduras de su corteza. Aquello le confería un porte arácnido y mitológico en la tierna mente de Hilari. Por un momento el pequeño se asustó, e interpretó como un gruñido el crujir que el aire arrancó a unas ramas altas.

—Manel miedo. A casa... —dijo Hilari agarrándose al torso de su hermano.

—No seas miedica renacuajo, es sólo un árbol, no va a hacerte nada.

—A casa Manel —medio sollozó Hilari.

—Dame la mano, venga, así no puedo andar —le reprochó Manel, que a estas alturas y después de la caminata desde la masía, no estaba dispuesto a retro-

ceder ni un paso—. No seas tonto. Vamos.

A regañadientes el pequeño Hilari siguió casi a rastras a su hermano mayor, sujetándole la camisa y tropezando con algunas piedras sueltas que quedaban ocultas entre la hierba amarilla. Al llegar al tronco Manel acarició la corteza, sintiendo un tacto áspero y rugoso. El pequeño lo imitó, y al instante se puso de cuclillas para examinar una ristra de hormigas que descubrió entre sus pies. Gracias a esta distracción fortuita, el miedo fue disipándose en el corazón de Hilari.

—Padre dice que desde aquí se ve todo —explicó Manel—. Nuestra casa, también la masía de los Erola, el Cirso y hasta el pueblo.

—No veo —dijo Hilari sin levantar la mirada del suelo.

—Estas tierras serán mías cuando sea mayor —se jactó Manel—. Todo lo de padre será mío.

—¿Y yo? —preguntó el pequeño, algo preocupado aunque sin entender exactamente a qué se refería su

hermano.

—Yo cuidaré de ti, hermanito —dijo—. Podrás arar mis campos si necesitas un jornal.

—Ah —Disipada esa inquietud, Hilari retomó la contemplación de las hormigas. Pero enseguida otra idea le cruzó la cabeza—. ¿Maria?

De primeras Manel le ignoró, absorto como estaba en admirar sus futuras posesiones. Tierras doradas que a esta distancia perdían algo de lustro y arrogancia, al menguar y entrar en comparación con el resto del valle.

—Manel ¿Maria? ¿Y Maria?

—¿Qué le pasa a la hija de la hermana del tío Antón? —quiso saber Manel, que si no atendía a su hermano a veces le costaba entender qué quería expresar—. ¿Viste lo pequeña que es? —continuó—. Parece un gorrinillo, y no para de chillar y llorar todo el día. ¡Qué molesta es! Bua, Bua, Bua... —se mofó—. Es cierto que nació hace muy poco, pero no recuerdo que a su edad, tú lloraras tanto.

—Manel, ¿y Maria? —insistió.

—¿Qué quieres saber? ¿Si la cuidaré también cuando sea mayor? —Hilari afirmó con la cabeza, y Manel explicó—: Mira, ella realmente no es de la familia, no es una Taià. Pero aquí hay trabajo para todos —esto lo dijo con pompa, imitando la forma de hablar de su padre—, unas manos de más nunca sobran. Si cuando crece nos es útil se quedará con nosotros.

En su inocencia, el pequeño Hilari bajó la cabeza y se alejó mientras seguía la fila de hormigas, satisfecho de que el futuro no albergara ninguna desgracia aparente. Por su parte Manel se sumergió de nuevo en sus fantasías de madurez, imaginándose como amo y señor de aquellas tierras, recreando cómo le obedecían y respetaban, hasta cómo en ocasiones le temían. Al soñarlo un nuevo placer nació en él, y fue presa de una excitación que le era desconocida.

Tras la procesión negra Hilari resiguió, ajeno a los pensamientos de su hermano, las raíces aéreas del viejo roble hasta hallar la entrada al hormiguero junto a una

losa. Entraban y salían sin pausa las obreras del agujero, y en su trajín frenético, el tiempo parecía transcurrir a otro ritmo. También para el roble o para Hilari la existencia poseía su velocidad particular, y el pequeño empezaba a atisbar, pese a su temprana edad, estas cadencias del mundo que le rodeaba.

En la piedra que daba sombra al hormiguero había grabado un símbolo. Al verlo Hilari lo acarició con los dedos, intentando desentrañar su sentido por el tacto. Pero el significado de las grafías era una magia que aún le era desconocida, y no le dio mayor importancia.

Rato después, cuando levantó la mirada del suelo, se percató de que su hermano mayor había desaparecido. Algo inquieto ojeó los alrededores girando la cabeza repetidamente para los lados. Pero Manel no estaba.

—¡Eh! —avisó Manel a su hermanito desde encima de una de las rama del árbol.

—¡Manel!

El chico había trepado hasta una gruesa rama ba-



ja, y ahora montaba en ella como si fuera un caballo, agarrándose con fuerza por temor a caerse. Manel quiso esconder aquella debilidad, y se soltó de una mano irguiéndose, aunque no pudo evitar titubear levemente.

—Subir. Subir. Subir —repitió Hilari corriendo hacia el tronco.

—No puedes renacuajo —le espetó Manel—. Eres muy pequeño aún.

—Casa mía —dijo poniendo morritos y señalado hacia la copa del árbol.

—¿Qué dices? ¿Quieres una casa en el árbol como si fueras un zorzalillo? ¡Qué ideas tienes renacuajo! —se rió, pero al verle el rostro se compadeció de su hermano—. Cuando crezcas te dejaré hacerte una casa aquí arriba, si quieres.

El pequeño Hilari cambió la expresión y se dio la vuelta, asumiendo que no conseguiría convencer a su hermano, pero contento de poderse hacer algún día una casa en ese árbol gigantesco propio de los cuentos

que le relataba la abuela Carme antes de acostarse.

Al fondo unas nubes plumizas habían ido ganando terreno al cielo, y una gran sombra se cernía sobre la lejanía. Por ello Manel no tardó en bajar con cuidado y fue a buscar a su hermano, que se había puesto a escavar unos pequeños agujeros en una zona despejada. Le dijo que no era momento de jugar al hoyito, que una tormenta se avecinaba, y se marcharon del lugar cuando aparecieron los primeros destellos en las cada vez menos distantes nubes. Unos fogonazos que iluminaban a lo lejos amplias zonas del cielo encapotado, retumbando a destiempo en truenos iracundos.



A. D. 1859

Maria e Hilari llegaron corriendo hasta el viejo roble. Jadeantes, se detuvieron un momento para recuperar el aliento. Hilari había crecido hasta convertirse en un niño estirado, aunque algo enclenque y desgarbado. A su lado Maria, más menuda y rolliza, se apoyaba en él mientras calmaba la respiración.

—No va a encontrarnos —intentó decir Hilari con las manos en las rodillas y la cabeza gacha, pero al

entrecortársele las palabras, tuvo que repetir—: No va a encontrarnos. Aquí seguro que Manel no va a pillar-nos.

—Qué buen escondite primito —dijo alegre Maria, acercándose al viejo roble para examinarlo—. Me encanta, es gigantesco... —opinó asombrada bajo la portentosa copa del árbol.

—Tampoco es tan grande —comentó Hilari—. He visto árboles más grandes siguiendo el Cirso.

—¿Dónde nos escondemos? —preguntó entonces Maria—. Si Manel se acerca nos verá.

—Detrás —dijo Hilari señalando el tronco—. Dudo que Manel venga por el Camino de los Conejos, el que pasa por el otro lado de la colina —explicó—. Allí atrás estaremos a cubierto. ¡Vamos prima!

Una vez ocultos en las espaldas del viejo roble, recostados entre sus raíces y el tronco, los dos niños se miraron risueños, cómplices y silenciosos, y se les escapó una risita contenida entre dientes. Al sosegarse, Hilari pensó que le gustaba estar con Maria. Era tan

simpática y tan amable con él, que la consideraba como una hermana carnal de verdad. Habían crecido juntos, y desde muy chicos ella le había acompañado en sus juegos. Además, nunca se mofaba —a diferencia de Manel— cuando él se ponía a cantar viejas tonadas que había oído a la abuela o los villancicos que le había enseñado la tía Francisca.

—Ram, ram pataplam... —no pudo evitar cantarrear Hilari de forma casi imperceptible, al venirle a la cabeza una canción.

Con un cantar dulce y delicado como un soplo de viento, Maria empezó a recitar:

—Si eran tres tambores, que venían de la guerra —cantaba Maria en un agudo hilo de voz—, y el más pequeño de todos, trae un ramo de rositas... Ram, ram pataplam... La hija del buen rey, ha salido a la ventana. Tambor, mi buen tambor, si quieres darme una rosita...

—Ram, ram pataplam... —añadió el chico.

—Primito —medio susurró Maria, aún no que-

riendo alzar demasiado el tono—. Primito, ¿me ayudarás a hacer una cometa?

—Sí, claro. Pero antes tendrás que pedirle a tu padre que te traiga papel del pueblo. Cuando lo tengas yo te ayudaré a montarla. Vi cómo lo hacía Manel —dijo, y se quedó pensativo un instante—. Y también podríamos pintarla, si quieres. ¿De qué color te gustaría?

—Morado —contestó ilusionada Maria.

—Morado... —repitió—. Creo que podemos conseguir ese color con un poco de jugo de moras, o quizás...

Una amplia sonrisa se dibujó en la blanca faz de Maria, creyendo Hilari distinguir como le brillaban los ojos. Aquello hizo muy feliz al pequeño de los Taià, y se propuso ayudarla como fuere a conseguir el papel para la cometa, aunque tuviera que darle los dos reales que tenía escondidos en una rendija de casa.

—¿Por qué el primo Manel no nos deja la suya? —inquirió ella—. Su cometa es muy bonita.

—Sí, pero es suya, jamás nos la dejará —y añadió con cierto pesar—: Padre se lo compró sólo a él. Sólo para el heredero.

Frente a ellos, unos arbustos poblaban el lado oeste de la colina, mientras que hacia la dirección opuesta la pendiente descendía pelada hasta un pinar. De repente, tras un madroño cercano algo se movió y las ramas del arbusto se sacudieron. Fugazmente Maria e Hilari llegaron a atisbar un pelaje rojizo y oscuro esconderse, y Maria creyó que un animal de gran tamaño se ocultaba detrás de las hojas.

—¡Un jabalí! —gritó Maria poniéndose en pie.

—No, no es un jabalí.

Hilari agarró una piedra con fuerza y se levantó al lado de la niña, apretándole la mano.

—Buu... Bu.... —salió de detrás del arbusto, un sonido semejante a un pájaro.

—¿Qué es eso primito? ¿Qué es eso? —decía Maria nerviosa.

—Mecu... Mecu...

Esta vez no supieron a qué animal atribuir el extraño sonido, de tan agudo y espantoso. Entonces Manel lanzó la piedra contra el madroño tan fuerte como pudo, y un alarido muy humano surgió de él.

—¿Quién eres?! —gritó Hilari, intentando que no se le notara que le temblaba la voz—. Sal de ahí.

Un niño de una edad similar a la de Hilari, aunque mucho más corpulento, surgió de su escondrijo detrás de la maleza.

—¿Qué haces botarate?! —espetó el chico recién aparecido—. Podrías haberme abierto la cabeza.

—Bien merecido te hubiera estado —respondió Hilari todavía asustado—. ¿Quién eres? ¿Se puede saber por qué nos espiabas?

—Soy Cesar Erola, de Ca l'Erola —dijo—. Y vosotros seréis los cachorros de los Taià, deduzco.

—Yo soy Maria—se presentó la niña, que le parecía gracioso y afable aquel desconocido de cara ancha y pelo rizado de tonos rojizos—. Me llamo Maria Requena.



—Encantado, Maria —saludó Cesar—. ¿Y a ti, larguirucho, cómo te llaman?

—Soy Hilari Taià, benjamín de Vicenç Taià i Turull —dijo aún enfurruñado—, y no somos cachorros.

—¡Ja, ja, ja! No te enfades lechuguino —se rió Cesar, y le tendió la mano—. Hagamos las paces.

El chico quedó en vilo un instante, y Maria empujó con disimulo a Hilari al durar a su entender demasiado la rígida quietud.

—De acuerdo —aceptó Hilari, tras repararlo con la mirada pretendiendo desentrañar si sus intenciones eran buenas.

Una vez se hubieron estrechado las manos, Cesar sacó de su bolsa unas moras negras, grandes y dulces. Las compartió con Hilari y Maria, que acabaron con los dedos y la boca teñida.

En la cara de Maria podía verse reflejado lo estimulante que resultaba la novedad de conocer al vecino. Pues aparte de Hilari y Manel, no había más niños en los alrededores con que jugar. En cambio Hilari no

terminaba de fiarse, y seguía frunciendo ligeramente el ceño. Sin embargo pronto vio, mientras hablaban de cómo eran sus respectivas masías por dentro y de cómo les había ido la cosecha a sus padres, que no había nada que temer. Que Cesar era un chico bonachón y más bien simple, al que le gustaba andar por los bosques y jugar con los animales.

—...Y además anteayer cacé un petirrojo —contaba Cesar orgulloso—. Mirad, lo cociné en las ascuas cuando mis padres ya dormían. ¿Queréis probarlo?

De su bolsa Cesar sacó un trapo sucio envuelto en el cual iban los restos del pájaro, y se lo ofreció a sus nuevos amigos. Tanto Maria como Hilari cogieron un trocito de carne con gusto, saboreándolo como si fuera un manjar.

—Gracias Cesar, está buenísimo —agradeció Maria.

—Sí —añadió Hilari—. Es una pena. Su canto es tan dulce y armonioso, no me cansaría de oírlos nunca.

Pero su carne, uhm... su carne, está muy buena. Gracias.

—¿Y no tienes hermanos? —preguntó Maria una vez hubo tragado.

—Está Juan, mi hermano, el heredero —contestó Cesar—. Tiene casi veinte-tres años, es mucho mayor que yo. ¿Y vosotros cuántos sois? Padre me dijo que erais dos hermanos. No comentó nada de una niña.

—Ella es nuestra prima —explicó Hilari—. De los Taià sólo somos dos: yo y mi hermano Manel, el heredero.

—Pero cuando sea mayor yo seré también una Taià —corrigió Maria, un poco molesta—. Madre dice que me casaré con Manel.

—Yo no quiero casarme —dijo Cesar—. Me haré una casa en el bosque y viviré allí. Detesto estar encerrado. Cazaré y recogeré moras y manzanas.

—Pues yo araré las tierras de mi hermano —dijo Hilari, mirando de soslayo a Cesar, con algo de estupor ante tal ostentación de libertad—. No me faltará de

nada y podré formar una familia.

—A Hilari le gusta una niña del pueblo —susurró Maria a Cesar, asegurándose de hacerlo suficientemente fuerte como para que Hilari lo oyera—. La vio en las fiestas de primavera pasadas.

—No es verdad prima. No me gusta —negó Hilari—. Sólo dije que llevaba un vestido bonito. Padre sabrá encontrarme una buena esposa cuando sea un mozo casadero.

—Quizás te emparejen con un petirrojo —se burló Cesar.

Maria y Cesar echaron a reír, y aunque Hilari quiso hacerse el ofendido de primeras, se le escapaba la risa, y se unió a la carcajada.

Justamente por el barullo de las risas, los tres niños no se percataron de los pasos que se acercaba desde sus espaldas. Se trataba Manel, el hermano de Hilari, quien prácticamente les doblaba la edad, alzándose ya adolescente. Cuando le vieron aparecer dieron un bote del sobresalto, pues habían olvidado por completo

que estaban jugando al escondite con él.

—Os pillé —dijo Manel, y añadió sorprendido—: ¿Quién es ese?

—Buenos días, soy Cesar Erola —se presentó el vecino.

—¿Qué hacéis con él, renacuajo? —preguntó Manel, visiblemente disgustado, a su hermano menor.

—Nos ha dado moras, y carne de ave, y... —intentaba explicar Hilari ante la expresión severa de Manel.

—Apartaos —ordenó Manel—, venid aquí. Nosotros no nos juntamos con los de Ca l'Erola.

—No ha hecho nada primo —objetó Maria—. Déjalo.

—Apartaos —repitió Manel imperativo, y esta vez le hicieron caso—. No veis que va vestido como una bestia. Padre siempre lo dice: los de Ca l'Erola son animales.

Cesar, que había permanecido expectante, apretando cada vez más los puños ante la actitud desafian-

te del heredero de los Taià, fue incapaz de reprimirse y con cuatro zancadas se plantó delante de Manel, propinándole tal empujón, que pese a la diferencia de edad, provocó que el heredero cayera de culo.

—Vete a tu palacio de mierda “señorito” —soltó Cesar presa de la ira—. Prefiero ser un animal a un gilipollas como tú, que se pasea como un pavo real.

Bien era cierto que Manel poseía un porte aristocrático y vestía de manera refinada, mientras que Cesar iba sucio y ataviado con ropas viejas. Y no era por falta de dinero en su familia, sino por sus hábitos montara-ces y despreocupación por las apariencias.

Para Manel aquella humillación era inadmisibile. Así que desde el suelo agarró un puñado de tierra y se lo tiró a los ojos a Cesar. Mientras éste se sacudía la cara, el heredero de los Taià se levantó y le propinó una patada en la entrepierna.

Ahora fue Cesar quien cayó al suelo, y Manel aprovechó la situación para patearle un par de veces más.

—¡Déjalo! —gritaba Maria.

—Así aprenderás a no meterte con un Taià —decía Manel.

Pero Cesar era resistente y tozudo, y cuando logró alzarse, embistió como un toro a Manel, arrastrándolo hasta hacerle chocar de espaldas contra el roble. Un crujir seco sonó, y tanto Maria como Hilari no supieron distinguir si provenía del árbol o de la espalda de Manel.

A punto de perder la consciencia a causa del intenso dolor, en un último aliento Manel juntó las manos y golpeó la cabeza de Cesar con tal de liberarse. Éste le soltó y se apartó unos pasos, más que por la contra de Manel, por ver que su contrincante se había quedado sin respiración y emitía un sonido extraño.

Manel vomitó, y todos permanecieron quietos y en silencio mientras se recuperaba, calmándose las respiraciones de los dos contendientes en una tregua que acordaron a través de unas miradas de agotamiento.

La furia se había disipado en Cesar, y se acercó poco a poco sin agresividad alguna. Viendo la actitud conciliadora de Cesar, Manel le tendió la mano aún encorvado y jadeante.

De primeras Cesar titubeó, pero queriendo creer en la sinceridad de aquel gesto, aceptó el ofrecimiento de reconciliación. Pero cuando le hubo agarrado la mano, Manel aprovechó para pillar una piedra con la otra y golpearle en la cabeza.

La sangre explotó con tal fuerza que salpicó al árbol y a los pequeños espectadores. Cesar cayó de rodillas mientras gritaba de dolor.

—A ver si así aprendes a no meterte con un Taià —volvió a decir Manel.

—¿Qué has hecho primo? —le reprochó Maria entre lágrimas—. Lo vas a matar.

—Vámonos —ordenó Manel—. Este lerdo ya tiene su merecido. ¡Animal! —le insultó finalmente, cuando Cesar se tumbaba de lado con las manos la cabeza.



A regañadientes Hilari y Maria obedecieron a Manel, y le siguieron ladera abajo. La niña lloraba desconsolada, y su sollozo fue diluyéndose con el crepitar de las hojas del roble y el cantar lejano de algunos pájaros.

Cesar seguía acostado. La sangre había dejado de manar y no le dolía prácticamente la cabeza. Aun así, se sentía abatido e humillado. Todavía tardó unos minutos en levantarse. Después se fue y el roble quedó solo y en silencio, puede que pensativo.



Semanas más tarde se reunieron ahí mismo, bajo la sombra del viejo roble, por una parte Vicenç, el patriarca de los Taià, con sus hijos Manel e Hilari, y por la otra Roc Erola con a su hijo Cesar.

La paz entre familias era un equilibrio tan delicado y que había costado tanto de conseguir, que ahora

los cabeza de familia no podían dejarlo enturbiar por aquel fortuito conflicto entre niños. Así que Vicenç y Roc se dieron la mano, sin una sonrisa o muestra de afecto más allá de lo estrictamente necesario, y se saludaron cordialmente después de muchos años. Vicenç empezó disculpándose por la actitud de su hijo, y Roc continuó explicando lo importante que era el llevarse bien entre vecinos. Cabizbajos los niños escuchaban, conscientes de que a sus padres no les hacía ni pizca de gracia tener que hablar entre ellos, pero que lo hacían, no obstante las desavenencias, en pro de un bien mayor.

Hilari, un poco ajeno al sermón, miraba al roble distraído. ¿Les estaría escuchando? —fantaseaba en su ensoñación el niño—. ¿Qué pensaría él de aquellos problemas tan humanos y terrenales? Y es que Hilari era propenso a dejarse llevar por las imaginaciones. A veces creía atisbar un duendecillo en algún recoveco escondido, o se tumbaba en la hierba y soñaba despier-to cómo sería descubrir la entrada al espléndido reino

de las hadas.

—...Y por eso debéis respetaros mutuamente —decía Roc Erola, el padre de Cesar, para terminar el discurso.

—¿Lo has entendido Manel? —inquirió Vicenç a su vástago.

—Sí padre.

Entonces Manel le estrechó la mano a Cesar en señal de disculpa, imitando el porte solemne de su padre, entendiendo que si quería ser como él de mayor, debía aprender a ser cortés con los enemigos.

De esta forma se zanjó aquel conflicto, y no volvió a hablarse de él.

A partir de ese momento, eventualmente, los tres pequeños de Ca'ls Taià encontraban a Cesar cuando se acercaban a jugar en los alrededores del viejo roble. Y pronto empezaron jugar todos juntos, sin remordimientos, pues el tiempo de los niños es veloz como una liebre y el olvido hace antes efecto en ellos. Pero el roble, que lo había presenciado todo y era muy viejo,

nunca lo olvidaría.



Llegó el invierno y las hojas se fueron desprendiendo de las ramas del roble. Quedó desnudo y cada mañana una gruesa capa de escarcha se formaba bajo la copa del árbol centenario. Después, cada día al levantarse el sol, ésta desaparecía resplandeciente y el aire antes gélido se volvía más templado. Una de esas frías mañanas de invierno los niños subieron hasta el viejo roble mientras jugaban a los soldados. Con sus tirachinas, Hilari y Cesar disparaban piedrecitas a Manel, que protegía a Maria, quien en este caso simulaba ser *la Duquesa*.

—¡Vamos pelotón! —decía Cesar a Hilari—. Los franceses no reculan.

—Sí mi Sargento —contestaba Hilari.

Con habilidad felina, Cesar trepó a una de las ra-

mas bajas del viejo roble, y tendiéndole la mano ayudó a Hilari a que le siguiera. Subieron unas ramas más y se recostaron en una plataforma natural que se formaba en la intersección de tres inmensos brazos del árbol.

—Aquí nunca podrá atacarnos el francés —dijo Cesar.

Desde abajo Manel sacó su tirachinas y disparó contra el tronco, pues sus dos contrincantes quedaban a cubierto.

—Bajad de ahí cobardes —les increpó—. ¿Sois soldados o sois monos? —dijo en tono de burla—. ¿Qué hacemos Duquesa?

—Quiero subir, primo —solicitó Maria, dejando de lado el juego y su papel en él.

—¡Eh, vosotros! Vamos a subir —avisó Manel—. Se acabó la guerra por hoy. Ni se os ocurra tirarnos nada. —Entonces cogió a Maria y se la puso en los hombros—. Es como si jugáramos a la gigantilla —le dijo a la niña.

Después de que Maria trepara a la primera de las

ramas, la misma ancha y robusta que utilizaran los otros dos para subir, Manel la siguió sin mucha dificultad. Tras lo cual escalaron juntos el trozo que los separaba de los demás.

—Bonito nido habéis hallado —dijo con sorna Manel mientras se ponía cómodo en la plataforma.

—Yo ya había subido antes —contó Cesar—. Es un buen escondite. Aquí nadie te molesta.

—Estamos altísimos —se percató Maria—. Brrrr, aquí el viento sopla muy frío —y se acurrucó en Hilari.

Éste la cubrió con su capa, y pudo sentir el calor blando del cuerpo de la niña y su delicado olor a tomillo. Qué dulce era Maria —pensó Hilari entonces—, y qué buena era también. Estando a su lado, Hilari a veces sentía un afecto cálido e intenso, y se imaginaba a Maria como una buena esposa para él. Pero cuando le venían aquellos pensamientos los ahuyentaba rápidamente de su cabeza, pues era algo inadmisibile. No era posible porque cuando crecieran sabía que prome-

terían a Maria con su hermano Manel, y sentía que lo traicionaba al tener tales fantasías con ella.

—A otoño sereno, invierno ventoso —rememoró Manel el refrán, y continuó comentándole a su hermano—: O por lo menos eso dicen los viejos, ¿eh renacuajo?

—Este invierno será seco, las golondrinas se fueron tarde —añadió Cesar.

—¿Y si hacemos un juego? —propuso Maria cambiando de tercio, a quien la previsión del tiempo le era más bien indiferente—. Di primo —dijo dirigiéndose a Manel—, ¿a qué podemos jugar?

—¿Alguien trajo castañas? —preguntó por su lado Hilari.

Por respuesta, Cesar sacó unas cuantas del sayo.

—Podemos jugar... —dijo Manel ojeando la plataforma en busca de alguna idea adecuada, porque aun cabiendo holgadamente los 4 en ella, un juego demasiado movido podía llegar hasta a resultar peligroso—. Podríamos... Podemos jugar... Ah, sí —dijo acordán-

dose de que llevaba un cuadernillo—. Podemos jugar “a los secretos”.

—¿Cómo se juega? —indagó Cesar, más acostumbrado a juegos físicos de correr y esconderse.

—¡Yo lo cuento! ¡Yo lo cuento! —se adelantó Hilari excitado—. A ver, tú Cesar, bueno, todos, cada uno tiene que pensar un secreto. Pero un secreto de verdad, ¿vale? Algo importante. Después, después se escribe en un papel, y se le pasa al que tengamos al lado. Todos los pasamos a la vez —puntualizó—. Luego el papel se quema —Hilari quedó pensativo un instante, y dijo—: Pero... no tenemos lumbre, Manel.

—No importa —contestó éste mientras sacaba una pequeña libreta de su bolsa—. Guardaremos los secretos en ese agujero del árbol —y señaló una hendidura en la madera que de tan profunda siquiera manaba oscuridad—. Al final es lo mismo que si los quemáramos, va a desaparecer.

—Se los va a comer el roble —fantaseó Hilari.

—Pero yo no sé escribir —manifestó Cesar—, ni



leer.

—Yo tampoco cervatillo —añadió Maria.

—Nos lo escribirá Manel —explicó Hilari—. Yo sé leer un poco, pero escribir todavía me cuesta si hay demasiadas palabras —confesó—. Entonces, se lo decimos al oído a Manel y él nos lo escribirá en nuestro papel. Después os leerá el que os pasen también al oído. Siempre lo hemos hecho así prima, ¿te acuerdas?

—Sí —mintió la niña que no se acordaba.

—Pues vamos a ello. A ver, renacuajo empecemos contigo —dijo Manel a su hermano—, así les damos tiempo a los pequeños.

A Cesar se le escapó una mirada de enojo ante aquel comentario que lo calificaba de *pequeño*. Aun siendo verdad que él y Maria eran los más jóvenes, también era cierto que con Hilari apenas se llevaba un año. Pero el enfado no pasó de ahí: Cesar ya estaba habituado a las constantes pullitas del heredero de los Taià.

Cuando Hilari le hubo confesado su secreto al oí-

do, Manel lo transcribió con un carboncillo y dobló la hoja por la mitad. Celoso de su secreto Hilari lo guardó fuertemente con sus dos manos en el regazo.

Manel siguió con Maria, que le dijo en un susurro:

—Cogí dos tartaletas de manzana de la cocina — confesó, y añadió —: No fue el perro.

A su turno, Cesar le cuchicheó a la oreja a Manel:

—He visto al párroco con mujeres junto al río. — Ante la faz sorprendida de Manel, Cesar detalló—: Se desnudan y las monta como hacen los animales.

Cada uno, cuando tuvo su secreto encerrado en papel, se lo pasó al que tenía a su derecha. De tal manera que Cesar se lo dio a Hilari, Hilari a Maria, Maria a Manel, y éste a Cesar.

En la hoja doblada, procedente de Cesar, que llegó a Hilari podía leerse: «Quiero ser cura». De primeras, Hilari lo releyó moviendo los labios y ojeó a Cesar extrañado. Al ver la cara de su hermano, Manel tuvo que contenerse la risa, pues aquella tergiversación deli-

berada le parecía genial. Se le había ocurrido al escuchar el secreto de Cesar y pensar que a nadie le hubiera importado hacerse religioso si gozaba de aquellas limosnas carnales.

A Maria, Manel tuvo que leerle el papel que le había dado Hilari.

—Pone que le gustas —le dijo Manel al oído a Maria, pasando por alto lo que realmente estaba escrito.

Con aquel juego maquiavélico Manel disfrutaba a más no poder. Y aunque protegía a su hermano siempre que era preciso, pues no dejaba de ser sangre de su sangre, también se divertía viéndolo sufrir e humillándolo cuando él era el artífice. Por eso había contado aquella segunda mentira.

Para terminar con su burla, Manel se acercó a Cesar, que tampoco sabía leer, y se inventó sobre la marcha su propio secreto:

—El abuelo Narcís —empezó Manel, refiriéndose a su bisabuelo, que nunca había llegado a conocer—

tiró a tu bisabuelo, Pere Erola, por el barranco del infierno.

Ante aquella afirmación Cesar se quedó de piedra. Sabía, porque se lo había contado su abuelo Ramón, que su bisabuelo Pere había fallecido al caer por un despeñadero. ¿Pero sería verdad lo que decía Manel? —se preguntaba Cesar que no supo cómo reaccionar—. ¿O era sencillamente otra de sus patrañas? Mentiras que a Cesar no le venían de nuevo, y justamente por eso ahora dudaba.

—Pongamos los secretos en el árbol —dijo Hilari, volviendo a doblar el papel que tenía en las manos.

—Sí —musitó Cesar pensativo.

Así lo hicieron uno tras otro, en silencio, en un acto sorprendentemente solemne para tan tierna edad. Pese a que el viento había parado, un frío constante entumecía los cuerpos sin movimiento de los tres niños y el adolescente. Sin embargo Maria se separó del cobijo de la capa de Hilari, y Cesar quedó taciturno con los ojos perdidos en la lejanía.

—Deberíamos marchar, es casi la hora de comer y madre hizo farro con chicharrones de tocino —dijo Manel entonces leyendo la hora en el cielo, donde el sol aunque se alzaba en su cenit, apenas calentaba.

—Uhm... Qué hambre —comentó Hilari.





## A. D. 1866

Aquel año la primavera, alegre y frondosa, había despertado pronto. El aire danzaba impregnado de fragancias que iban desde la intensidad del romero a la dulce ginesta. Cada día, el sol amanecía suave y agradable, y con su caricia calentaba las tiernas hojas del viejo roble, renacidas después de un invierno especialmente benigno. Desde la cima de su colina, el roble podía admirar como junto a la masía de Ca'ls Taià

había florecido un melocotonero, que destacaba por la saturación del rosa de sus pétalos en un paisaje mayormente de verdes y ocre. Para el viejo roble, aquellas eran unas vistas bellas e inalcanzables, con los resplandores plateados de sus riachuelos y la vivacidad de los demás árboles.

Por ahí paseaban Hilari y Maria, hablando de sus cosas. Hacía tiempo que habían dejado de ser niños, y ya no jugaban ni al cordón ni al tranco, sino que la adolescencia les había vuelto efervescentes, confusos, ilusionados y terriblemente parlanchines.

—Quiero hacer una orla de flores para madre —decía Maria mientras se aproximaba al viejo roble—. Está muy cansada y la animará. ¿Tú qué crees primito?

—Sí, seguro que le gusta a tu madre —dijo Hilari—. Siempre se ha puesto muy contenta cuando le has traído flores del campo. Ahora solamente ve esta primavera adelantada por el ventanuco de su estancia. Lo agradecerá.

—Yo pienso que sí, que le gustará —aseguró Ma-



ria para sí misma—. Después de vuelta me ayudas a recolectarlas, ¿te parece bien? —Hilari afirmó con la cabeza—. Ojalá empiecen pronto las fiestas —soltó Maria eufórica, cambiando de tema y estrujando a Hilari por la emoción—. Me muero por bailar en la plaza del pueblo y ver los sombreros de la gente —y danzó dando vueltas y más vueltas.

—La semana que viene es el Jueves Lardero —explicó Hilari con una sonrisa en la boca—. Poco queda para las fiestas. Y si queda poco para que empiecen, también queda poco para que terminen, y nos hagan pasar hambre como cada año —bromeó en una pena impostada.

—Este año no sé qué estrenar para la palma, primito —comentó Maria—. El demonio saldrá airoso. Sabes, siempre me ha dado mucha pena tener que quemar la palma el Miércoles de Ceniza, ¿Por qué lo hacemos? Ves primito, tampoco entiendo lo de la Cuaresma: no poder probar carne los viernes y comer tan poquito el resto de la semana —Los dos adolescentes

se sentaron descansando la espalda en el árbol—. Aunque padre es muy devoto, madre siempre me da escondidas un poco que pan por las noches —confesó Maria risueña.

—Verás, hacemos ayuno para prepararnos para la Pascua —explicó Hilari, a quien le gustaba demostrar sus conocimientos delante de Maria—, igual que Jesús ayunó cuarenta días en el desierto o Moisés pasó cuarenta días en la montaña.

—¡Vaya! Cuánto sabes primito —alabó Maria dándole un beso fugaz en la mejilla.

A Hilari le había sonrojado aquel beso inesperado, pues a medida que crecía le costaba más reprimir los pensamientos amorosos respecto a Maria. Aunque para ella aquello había sido sólo una demostración de cariño inocente, como el beso que se da a un niño o a un hermano.

—Eres muy listo. Siempre lo has sido —prosiguió Maria—. Podrías hacerte párroco del pueblo.

—No me digas eso Maria —pidió el chico visi-

blemente perturbado de repente—. Padre quiere que entre de novicio en el convento de los capuchinos. Dice que debo serle útil a la familia.

Un largo silencio cortó el clima alegre imperante hasta el momento, y Maria buscó cómo animar de nuevo a Hilari:

—Lo ignoraba primito —declaró al fin ella—. Pero no te pongas triste, no es tan malo, ¿no tiene coro ese convento? A ti te gusta cantar, ¿verdad? A ti te gusta mucho cantar y la música.

—Sé que debo obedecer a padre, pero no quiero ser monje —suspiró Hilari—. Yo me imaginaba otro futuro para mí. Con Manel, contigo, con... no sé.

—A cada uno le toca lo que le toca —dijo Maria pretendiendo ser elocuente y adulta—. Yo me casaré con Manel, y a veces me hace rabiar y lo detesto, pero sé que ese es mi lugar en el mundo, a su lado. Además, vendremos a verte siempre que podamos, y vendrás tú con nosotros en navidad y... —La alegría volvió a los ojos de Maria, que indagó—: ¿Podrías casarnos?

—No los sé —contestó Hilari—. He pensado que quizás pueda convencer a padre de que me deje quedar en casa. Si le cuento que no quiero ingresar en el convento, que puedo serle útil a la familia trabajando desde aquí... ¿Tú crees que me escuchará?

Para no tener que contestar e intentando reconducir las preocupaciones de Hilari, la niña se alzó de un salto y le agarró de la mano para que la siguiera.

—Déjalo, olvídate —dijo ella—. Ya verás. Ven primito. Quiero mostrarte algo que descubrió el otro día Cesar.

Corretearon hasta un cúmulo de hierba seca no lejos del árbol. Ahí, los tallos dorados ocultaban una piedra en la que se había cincelado una marca siglos atrás.

—Mira, mira. ¿Sabes qué es? —preguntó Maria—. . Tantos años dando tumbos por aquí y nunca lo habíamos visto.

—En realidad yo sí que lo conocía. Creo que es una linde antigua del terreno. De los romanos, a lo

mejor —aventuró Hilari.

—¿Romanos? —dijo ella extrañada, desconocedora de los pueblos del pasado—. Es muy antiguo entonces, ¿verdad? ¿Qué pone?

—Lo desconozco —contestó Hilari—. Pero sí, tiene que ser muy antiguo: como el corro de piedras del Farsell, o el Puente del Diablo.

—Ah.

En realidad, a ella poco le interesaba la historia antigua, pero sabía que a Hilari aquello le emocionaba, y deseaba animarlo como fuera. Aunque ella era la pequeña de los dos, se sentía como la hermana mayor que tiene que cuidar de su hermanito. Y ahora que sabía que probablemente se marcharía, Maria se sentía más apegada a él todavía. Por ello lo abrazó por la cintura. Al notar su mano, delicada y cariñosa, diferente a los achuchones impulsivos que a veces le propinaba, Hilari se ablandó y se notó reconfortado. Incluso un poco excitado y con una vaga esperanza, carente de cualquier fundamento, de que algún día yacerían jun-

tos.

—No es latín, ni ninguna lengua que conozca — empezó a decir Hilari en un susurro—. Puede que sea anterior a los romanos, o a los godos, no sé. Quizás lo pusiera quien lo plantó —aventuró en una intuición portentosa—. Quizás sea el nombre del árbol.



Charlando sin prisas Manel y Maria habían llegado hasta el viejo roble. Una vez ahí, decidieron detenerse un rato mientras aguardaban a que Hilari, ocupado con sus labores en la masía, las terminara y se les uniera.

—Tiempo atrás Guillermo de Ca'n Masdeu le dio a padre el tercio de un encinar —explicaba Manel a Maria, que le escuchaba con la boca entreabierta—. Es el que crece al oeste del pueblo, entre el Cirso y las Tres Estacas. Se lo dio como pago por los favores de

los años de carestía que precedieron —Manel frotó el dedo pulgar e índice para indicar que se refería a dinero—. Pero nosotros no sacamos rendimiento de esas tierras, nos quedan muy lejos.

—Tampoco las necesitamos, primo —opinó Maria.

—Cuando yo mande, le diré a Guillermo que su pago fue insuficiente —dijo con dureza Manel—, y que ya sé qué hace. De acuerdo, puede sacar beneficio de todas las tierras: las tuyas y las que supuestamente nos dio. Pero que debe abonarnos una parte de esos beneficios, en calidad de compensación por la ayuda que padre le dio, pues el usufructo de aquel encinar es a la práctica, sólo suyo.

—Si tú lo crees así... —concedió Maria—. Seguro que sabrás llevar muy bien las tierras de los Taià.

—Ya te conviene. Piensa que tú comerás de ellas —le dijo Manel.

—Lo sé, primo.

—Y los Erola que vayan con cuidado —continuó

diciendo—, porque Cesar es un cabra-locas que va a traernos problemas de bien seguro.

La expresión altiva del rostro de Manel llamó la atención de Maria, que lo juzgó un poco más guapo que de costumbre. Manel era un chico alto y delgado, aunque sin llegar a ser enclenque como su hermano Hilari. Vestía bien, como un señor, y lucía un precioso pelo lacio y castaño. Después de todo —pensaba Maria mientras lo observaba—, no podía quejarse del futuro marido con el que la habían emparejado Sin embrago, a veces deseaba que Manel se comportara de manera un poco menos soberbia y más comprensiva. Pero por otro lado, tanta seguridad le hacía más atractivo.

—Primo, ¿te has fijado en que el primito Hilari parece muy triste últimamente? —preguntó Maria, que hacía rato le rondaba aquel asunto por la cabeza—. . Creo que es por lo del noviciado. Bueno, estoy casi segura.

—Ese renacuajo nunca está contento —dijo Ma-



nel—. Siempre dibujando, escribiendo poemas o cantando. Es una rata de monasterio... El campo, no es para él —y sentenció—: Padre ha decidido lo correcto. Por poner un ejemplo, el otro día cuando fuimos a la feria a comprar un par de azadas, se entretuvo con el carpintero y hasta me pidió si le podía pagar una flauta. —y remarcó con estupefacción—: ¡Una flauta! Prima, ¿te lo puedes creer?

—Sí, pero él está triste. Él no quiere...

Con desaprobación Manel la oteó de reojo. Ni tan siquiera tuvo que replicarla. Bajando la mirada, Maria recordó que a cada cual le tocaba lo suyo, y que no se debía luchar contra lo que había dispuesto el destino. A fin de cuentas, estar triste no servía de nada.

Entonces Manel la agarró por el mentón y le levantó la cara con suavidad. Se miraron a los ojos. Qué ojos castaños más intensos los de Manel —se fijó ella, embelesada—, y qué belleza tan delicada estaba germinado en la lozana Maria —pensó él a la par—.

Y la besó por vez primera.

Fue un beso tranquilo, delicado y muy largo. Un beso que sobrecogió el corazón de Maria y excitó las pasiones contenidas de Manel.

Desde lejos venía cabizbajo Hilari, que habiendo terminado sus labores, iba a reunirse con ellos en las inmediaciones del viejo roble. Pero al acercarse a la colina Hilari levantó la vista, y allí en la distancia los encontró besándose, pegados en un beso inmóvil. Él también se quedó parado, sin saber qué hacer. Aunque nunca lo había querido aceptar, amaba a Maria, y pese a no poder reconocerlo en su fuero interno, sus sentimientos hacia ella tenían la hondura del primer amor. Por ello Hilari se sintió roto por dentro, y sin que nadie se percatara de su presencia, dio media vuelta y se marchó con la decisión tomada de ingresar cuanto antes en el convento. Y apenas lloró al irse, porque estaba demasiado dolido como para verter ninguna lágrima.

Mientras tanto Manel tuvo una erección, y excitado, desplazó una mano por debajo de la falda de Ma-

ria, posando la otra sobre el incipiente pecho de la adolescente. Maria le apartó al instante, sorprendida y angustiada, desvaneciéndose el cosquilleo que estaba sintiendo.

—¿Qué haces primo? —soltó ella—. No está bien. No podemos.

Él la miró primero atónito, después iracundo.

—Soy todavía una niña —continuó ella—, no estamos casados... No deberías haberme besado, ni... ni... ni eso que pretendías.

Sin previo aviso, él la abofeteó con contundencia, y Maria se quedó quieta y callada, incapaz de producir sonido alguno por el miedo y el estupor. Era la primera vez, también, que él le ponía la mano encima.

—Si voy a ser tu marido, deberás aprender a respetarme —dijo Manel—. Es verdad que todavía eres una niña. Pero esperaba más de ti, que te comportaras como la mujer que un día serás.

Sobre la mejilla roja de Maria una lagrimita resbaló lánguidamente.

—Vámonos para casa —dijo al fin Manel tras una larga pausa—. Ya encontraremos a Hilari por el camino. Vámonos.



Cesar estaba desollando una liebre al amparo de la sombra del viejo roble. Las moscas revoloteaban ansiosas, y el olor a sangre se mezclaba con el aroma de unos ramilletes de tomillo que el chico había confeccionado para la ocasión. Con la navaja en los dientes, Cesar iba estirando la piel del animal, haciendo ahora un corte aquí y ahora uno allá cuando se precisaba.

A lo lejos pasaba Manel, por un camino transversal a los pies de la colina, aunque lo suficientemente cerca como para que pudieran oírse si alzaban la voz.

—¡Eh! —chilló Cesar al verle—. ¡Eh Manel!

El aludido se detuvo y saludo desganado con la mano.

—¿Adónde vas?! —preguntó gritando Cesar.

—A ver al carpintero... ¡A ver al carpintero de Ulldepou! —contestó Manel, a quien no le gustaba tener que vocear de aquella manera, pues lo consideraba cosa de pastores sin educación.

—¿Hilari?! ¡Hace tiempo que no le veo! ¡¿Está enfermo?! —

—No —dijo Manel negando con la cabeza—. ¡Ingresó en un convento!

—¿Qué?! —inquirió Cesar que no había terminado de entender las palabras, a pesar de haberlas oído claramente.

—¡Que ingresó en un convento! —repitió Manel, antes de despedirse con la mano y proseguir su camino.

Era la primera noticia que Cesar tenía del asunto, y se quedó pensativo un instante, con las manos ensangrentadas y sacudiéndose las moscas de la cara con el antebrazo. «Pobre mozo —pensó en un murmullo ininteligible, apenas moviendo los labios—, su padre se

lo ha sacado de encima». Pero enseguida Cesar continuó desollando el conejo y no le dio más vueltas al asunto. Luego cuarteó el animal, e hizo un buen guiso.



A. D. 1869

Maria ya tenía 16 años cuando Manel la llevó de nuevo hasta la colina del viejo roble. La subió cogida de la mano, con la promesa de una gran sorpresa. «Un regalo muy especial», le había dicho él, quien pretendía vestir su presente con la solemnidad del paisaje, gracias a las vistas de sus tierras y el decorado de las montañas recortando el horizonte.

—¿Pero qué es? —insistió ella por enésima vez.

—Espera prima, espera —dijo él—. Tú, cierra los

ojos.

La chica le obedeció intrigada ante tanto misterio. ¿Sería otro beso? —se preguntó Maria en la oscuridad de la espera—. Un beso como el que Manel le diera años atrás, cuando todavía era una niña. Con la diferencia de que ahora ya no le importaba ni disgustaba, más aun, desde hacía algún tiempo que lo deseaba con intensidad. Manel era un chico apuesto, seguro de sí mismo, con un futuro prometedor como heredero de los Taià. ¿Qué más podía pedir? —se repetía ella últimamente por las noches en la cama, tras fantasías íntimas que no se atrevía ni a recordar—. Pero el beso no llegó. En su lugar el frío tacto del metal se posó sobre el cuello de Maria, y las manos de Manel maniobraron en su nuca para cerrar lo que inequívocamente era un colgante.

Ella abrió los párpados con una amplia sonrisa, miró hacia abajo, y halló un hermoso collar de plata con incrustaciones de verde esmeralda.

—Pero primo... ¡gracias! —dijo emocionada Ma-



ria—. ¡Muchas gracias! ¿Por qué los has hecho? No tenías...

—Me alegra que te guste. Tuve que ir hasta la capital para conseguirlo —explicó él.

—Es precioso, me encanta. Gracias primo —decía ella sin parar de palpar el collar, intentando verlo mejor arrugando el mentón, pero la perspectiva resultaba complicada.

—Espera —dijo Manel mientras sacaba un espejito de su bolsa—. He traído esto también.

Con el pequeño espejito circular Maria pudo admirar finalmente su nueva joya, y como quedaba sobre la clara piel de su cuello. La imagen se deformaba en las paredes del espejo, estirándose, y ella iba moviéndolo de un lado para otro con tal de poder captar bien todos los detalles del collar. Entonces Maria se fijó en ella misma, en sus pupilas dilatadas y profundas. Desde detrás del espejo, Manel también la observaba, y el rostro risueño y sonriente de la chica le hizo feliz de una manera que le era desconocida. Juzgó que Maria

se había convertido en una chica preciosa. Su rizado pelo negro contrastaba con su piel blanca como la luna, y sus curvas, ahora sinuosas y exuberantes bajo el vestido, despertaban en Manel una excitación largamente contenida.

—Ahí viene el Erola —anunció entonces Manel en tono apático.

Y ciertamente se estaba acercando Cesar Erola desde el pinar al este del viejo roble. Traía consigo un fardo de leña al hombro. Al instante la chica se giró para saludarle.

—Hola cervatillo —gritó Maria recurriendo a un apodo de niñez que, por lo menos para ella, Cesar todavía conservaba.

—Hola Maria —contestó él al llegar—. Hola Manel —añadió.

—Hola —saludó el aludido sin mucho ahínco.

Enseguida Cesar se percató de que estaba interrumpiendo algo. La cara de Manel lo decía todo, ceñuda y severa, sin embargo Cesar decidió quedarse un

poco e incomodar a su vecino unos instantes más. No por malicia, sino por desquite ante tantas pullas recibidas a lo largo de los años.

—¿Iréis al pueblo por San Juan? —preguntó Cesar por decir algo—. Yo nunca he ido. Siempre hemos encendido en casa cuatro hogueras en las esquinas, como hacía el abuelo antaño.

—Sí que iremos —contestó Maria—, ¿verdad primo? Cada año vamos y bailamos alrededor de la hoguera.

—Ya veremos —matizó Manel—. ¿Y a ti qué se te ha perdido por aquí?

—Madre me mandó a recoger algunas cepas de olivo para purgar los malos olores de la masía, pero no hay en La Pedreguera, y por eso vine a buscar leña de encina... —decía Cesar cuando se dio cuenta del collar que llevaba Maria, quedando boquiabierto primero, y prosiguiendo luego sin pensar—. ¡Vaya collera! Alguien te quiere domesticar con este cencerro.

—Cuidado con lo que dices Erola, se lo he rega-

lado yo —advirtió Manel—. Este collar no es ningún abalorio: es una gargantilla de plata, y ya te gustaría a ti poder permitírtela. Seguro que el día que tengas una prometida, y suponiendo que ésta no sea una cabra de las que frecuentas, le regalarás un collar de altramuces.

—Que no vaya vestido como un señorito no significa que no tenga capital —replicó Cesar—. No sé qué ves en este estirado, Maria —dijo dirigiéndose a la chica—. Te quiere comprar como compra el ganado, y te va a tratar igual.

—¡Pero serás insolente! —estalló Manel blandiendo las manos presa de la ira—. Cómo te atreves, alguien como tú, que no sabe ni leer y se pasa el día entre bestias por el monte. No tienes derecho a opinar sobre nosotros, eres un necio.

—Sí que sé leer —replicó Cesar algo sonrojado, mirando de reojo a Maria.

—Ah sí, ¿y qué pone aquí? —inquirió Manel sacando una carta que acercó apenas a un palmo de las narices de Cesar—. Di, ¿qué pone?

—A... A... No, Mu... Muy... Muy se... — balbuceó Cesar haciendo un esfuerzo por leer la carta, aunque al hacerlo, quedara patente su falta de habilidad lectora.

—Ves, eres un necio y un ignorante —sentenció Manel, satisfecho de la humillación.

—Pero al menos soy un hombre, y no una niña refinada como tú —dijo Cesar apartando el papel de un manotazo y sacando una navaja de su cinturón—. ¡Si sigues insultándome te rebanaré las tripas!

—Tranquilo Cesar, por favor —intervino Maria—. Por favor tranquilízate. No os peleéis.

Los dos chicos se miraron desafiantes, y permanecieron así, en silencio y con las respiraciones audibles. Segundos de tensión que Maria sintió eternos. Ella detestaba aquel tipo de confrontaciones. Amaba a Manel, pero también sentía un profundo aprecio por Cesar. Sí, amaba a Manel —reafirmó en sus adentros—, ahora estaba segura de ello.

—Soy más hombre que tú, y te lo demostraré —

dijo al fin Manel—. Este sábado es San Juan, la noche de brujas. Hagamos una carrera pues, tú y yo, desde aquí, hasta el pueblo. A ver quién llegar antes, y a ver quién es más hombre de los dos.

Cesar echó una ojeada a Maria, y ante su faz de desesperación al borde del llanto, se ablandó y guardó el cuchillo.

—Hagámoslo así —dijo Cesar aceptando el reto—. Pero el necio eres tú si crees que puedes ganarme campo a través.



La luz mortecina de la luna llena embadurnaba las copas de los árboles aquella noche de San Juan. Su brillo resplandecía en el lejano río y confería al valle un leve halo de penumbra que permitía distinguir sombras y siluetas.

Inmersas en aquella atmósfera mágica, tres formas

negras y un farolillo remontaron la colina del viejo roble. Desde ahí arriba se veía la luz de las hogueras danzar allá en el pueblo, también en casa de los Erola, o en otras masías más distantes que ahora quedaban al descubierto como luciérnagas en la noche.

—No tendrías que habernos acompañado —dijo Manel a Maria, sin apenas alzar la voz—. Ahora tendrás que volver sola.

—Como te dije, eso no me preocupa —contestó ella—. ¿Si no quién iba a llevarse la lámpara a casa? Además, así de vuelta recogeré algún melocotón, que es cuando toca.

En un silencio sepulcral Cesar había subido también con ellos el último tramo del camino, sin mediar palabra ni gesto. Una vez en la cima, prácticamente a oscuras, se preparaba para la contienda atándose bien las botas y bajándose las mangas de la camisa para protegerse lo antebrazos. A pocos metros de distancia Manel lo observaba impassible, seguro de sí mismo, sosteniendo las dos antorchas todavía apagadas que

debían portar en la carrera.

—Que Maria dé la seña de salida —dijo Manel cuando dedujo que Cesar había terminado de prepararse.

El chicarrón afirmó con la cabeza, pero debido a la oscuridad imperante que se agudizaba fuera del influjo inmediato del candil, a Maria y a Manel les pareció que no contestaba. Igualmente dieron por bueno el silencio, y Manel le aproximó una de las antorchas.

—El primero que llegue al pueblo gana —manifestó Manel desafiante.

En esta ocasión, cuando Cesar afirmó le vieron la faz con claridad gracias a que Maria se había aproximado al chico. Pero las facciones otrora blandas y bondadosas de Cesar, a tenor del claroscuro de la luz del farolillo, se veían terriblemente gruesas y severas.

Maria, que se había puesto para la ocasión el collar que le regalara Manel, abrió la portezuela de cristal que protegía la luz con solemnidad. Primero uno y



después el otro, encendieron sus antorchas. Con el brío inicial, las dos llamaradas refulgían con fuerza al final de las varas, y en medio, Maria sentía su calor enrojeciéndole las mejillas.

Aunque enseguida estuvieron preparados para comenzar la carrera, la chica, visiblemente nerviosa, tardó un poco en decir nada o hacer gesto alguno. Los dos competidores la ojearon con apremio e impacientes, con las rodillas flexionadas y el corazón palpitante. Por casualidad, durante aquella tensión retenida antes de la carrera, en el cielo se dibujaron una detrás de otra las estelas blancas de cinco estrellas fugaces. Un augurio que ninguno de los tres supo interpretar.

—Suerte y... ¡Adelante! —soltó al fin Maria, en un grito comedido.

Inmediatamente iniciaron la carrera en un chisporroteo de los fuegos, pero con el ímpetu de la salida, la parte que sobresalía por atrás de la antorcha de Manel golpeó el estómago de Maria. Ésta zarandeó sorprendida los brazos y cayó al suelo. Al percatarse del inci-

dente Cesar se detuvo, aunque Manel, que también lo había visto, siguió la carrera ladera abajo.

—¿Estás bien? —preguntó Cesar mientras remontaba presurosamente lo avanzado por la inercia.

—Sí —dijo ella en un hilo de voz y de rodillas—. No pasa nada. Ve cervatillo, ve.

Pero Cesar hizo caso omiso, se acercó hasta su lado y le ofreció la mano. Ella aceptó la ayuda y adolorida se levantó. Por fortuna —apreció Maria sacudiéndose la falda—, el farolillo, aunque en el suelo, seguía intacto.

—Ve cervatillo, ve —repitió Maria.

—Ganaré, lo verás —afirmó él mirándole a los ojos.

Dicho esto, Cesar se giró y reemprendió la carrera. La luz alargada de la antorcha de Manel ya se estaba aproximando al bosque, pero veloz, el fuego de Cesar casi lo atrapó cuando el primero desapareció bajo las negras copas de los árboles. Al momento Cesar también fue engullido por la opacidad de la espesura.

En vilo, Maria escudriñaba el bosque en busca de los contendientes, y de vez en cuando, un resplandor dorado se filtraba un instante entre las ramas entrelazadas descubriendo la posición de uno de ellos. A falta de vista, la chica afinó el oído, y pudo apreciar, o por lo menos eso creyó, como en al rumor distante de aquella noche de San Juan se superponía ahora un crujir de unas ramas aquí, ahora un golpe seco allá. Unos minutos más tarde, a lo lejos una luz brotó del bosque siguiendo el camino principal que iba en dirección al pequeño arroyo que separaba las tierras de los Taià y los Erola. Aquel era el camino que Maria asumía seguirían los dos corredores.

Pero la chica esperó y esperó, y no aparecía la luz del otro contrincante detrás. Desde arriba de la colina del viejo roble era imposible adivinar quién era que iba a la cabeza, y Maria especuló que quizás el otro corredor se había caído o lastimados entre los árboles, y se le encogió el corazón. Pero entonces, de improvisto, desde la linde nordeste del bosque surgió la otra luz.

Ésta seguía un estrecho caminito alternativo que terminaba cruzando el Cirso por arriba, por un puente de madera poco transitado. De esta forma las dos luces, empequeñecidas por la distancia, fueron separándose progresivamente al seguir cada una sus respectivas direcciones. Y pese a que el camino oficial, aquel que cogiera la primera luz en salir del bosque, era mucho más ancho y llano, también era un trayecto bastante más largo que el sendero periférico que había cogido la segunda luz. Era como el cuento de caperucita roja — se plateó Maria desconcertada, viendo que la segunda luz que iba por el camino alternativo, aunque se movía más lenta, llegaría antes al pueblo—. ¿Pero cabía adivinar quién era en este cuento el astuto lobo que había tomado el atajo? A lo mejor sí —sospechó Maria en un suspiro—. Cesar era sencillo pero noble, era como un buen perro pastor —cavilaba ella en silencio—. En cambio Manel era inteligente y retorcido, capaz de cualquier cosa con tal de vencer a su vecino. Por ello, sin saberlo a ciencia cierta, Maria asumía que Manel

habría ganado aquella carrera al coger el atajo. Que él era el lobo feroz.

Las luces hacía rato que habían desaparecido tras la arboleda anterior al pueblo, pero Maria permanecía quieta, observando la oscuridad del valle. Se oía el cantar de los grillos y algún croar lejano, sonidos que hasta entonces parecían haber permanecido silenciados. En otra situación, de noche y sola en el monte, la chica quizás hubiera albergado algún miedo; pero Maria no estaba sola, el viejo roble la acompañaba y arrojaba, testimonio inmóvil de prácticamente toda su vida. Y al levantar la cabeza y contemplar sus negras ramas frente el añil del firmamento, Maria sintió como si el árbol le hablara. Era un ronroneo lento y profundo en un lenguaje ancestral ya olvidado por los hombres.

Como si aquel crujir de madera se lo hubiera dicho, Maria se llevó la mano al cuello y se dio cuenta de que no llevaba el colgante que le regalara Manel.

—¡Se ha caído! —exclamó asustada dejando de

lado cualquier otro asunto.

Apresuradamente se puso a rebuscar por los suelos con el farolillo, pero era imposible hallar el colgante en la negrura de la noche. Era como si se hubiera esfumado. Tras un rato desesperante y entre lágrimas, Maria asumió que sin la luz del sol difícilmente lo encontraría y decidió volver al día siguiente, aun a sabiendas que Manel, de enterarse, iba a enfadarse muchísimo.



—¿Pero cómo esperas que me lo tome? —decía Manel mientras apartaba las hierbas del suelo con una vara—. Esa gargantilla vale más que tú y tu familia.

—Lo siento primo, lo siento. Te lo diré mil veces si hace falta —se disculpó Maria—. Fue al caerme, estoy segura... De noche no veía nada.

—Mira, está aquí —anunció él satisfecho—. Sólo

había que mirar bien.

Ella corrió hasta el lado de Manel y cayó de rodillas para agarrar el colgante y apretarlo con fuerza contra el pecho. Un peso inmenso que le comprimía el corazón se disipó, y pudo respirar tranquila.

—Gracias primo.

Él le levantó el rostro con la vara para que le mirara, y Maria vio que no había enojo en él, sino otra expresión que no supo identificar.

—La próxima vez, ten más cuidado prima.

—Sí, lo tendré —dijo ella con la vara bajo el mentón.

Para sorpresa de Maria, Manel también se arrodilló. No era propio de él mancharse los pantalones, y por un instante Maria abrió los ojos desconcertada sin entender qué iba a pasar. Entonces él la sujetó por la nuca, y la besó. Aquel no fue un beso inocente, sino pasional y largamente contenido. Y ella se dejó besar, y dejó que la tumbara bajo la sombra benigna del viejo gran roble.

La oleada de besos se detuvo un momento y Manel le colocó el collar a Maria. Acto seguido el chico se bajó el pantalón, y Maria pudo entrever la punta hinchada del pene erecto de Manel. Ella apoyó la cabeza para atrás y se dejó hacer. Mientras contemplaba el amasijo de ramas y hojas del roble sobre la claridad del cielo, Maria sintió el calor palpitante de Manel abrirse paso dentro de ella. Sintió un dolor intenso, pero apretó los puños y pronto quedó sólo una leve molestia superpuesta a las rítmicas embestidas de Manel.

El chico no tardó en terminar, y tras limpiarse la sangre de la entrepierna con un pañuelo, se tumbó al lado de Maria. Quedaron los dos en silencio, pensativos y mirando las nubes. Ella se preguntaba preocupada si se quedaría embarazada. Él respiraba satisfecho con la mente vacía.

—Nos casaremos, ¿verdad? —inquirió ella, empujada por la angustia que le había generado el imaginarse encinta y lo que diría la gente.

—Sí, claro —contestó Manel sin girar la cabeza—



. Así lo decidió padre.

—Seré una buena mujer, primo —manifestó ella.

—Lo sé.

—Y viviremos bien, ¿verdad? —preguntó Maria cogiéndole la mano a Manel.

—Gané al Erola, ¿acaso no es así? —dijo él—. Soy capaz de hacer lo que me proponga, nadie puede vencerme. —Ahora sí que la miró, y sonrió mientras decía—: No nos faltará de nada, prima. Eso te lo puedo asegurar.



A escondidas, se fueron repitiendo en la colina del viejo roble los encuentros carnales entre Manel y Maria, y el árbol fue testimonio involuntario y silencioso de aquella juvenil, y a menudo torpe, exploración primeriza de la sexualidad. Los dos amantes eran conscientes del peligro que conllevaba un embarazo sin

estar casados todavía, y por ello, aunque no mediaron nunca una palabra sobre el tema, Manel enseguida tomó medidas para prevenirlo, e intentaba cuando le era posible no terminar dentro de ella.

Poco a poco el chico ganó experiencia, aguante, y una cierta ternura que Maria sin duda agradeció. ¿Se estaría enamorando Manel de ella? —se preguntaba Maria ilusionada por las noches, que ya no eran tan contenidas y atormentadas por el deseo como antaño—. Asimismo, con el paso del el tiempo, Maria empezó a disfrutar al yacer con Manel, y descubrió que no era un suplicio necesario como ella había imaginado al principio, sino que también podía gozar de ello.

Y a la siguiente primavera, la chica se sintió enamorada y tan feliz de aquel romance carnal y secreto, que deseaba que no terminara jamás. Deseaba que el tiempo se detuviera. Inmersa en tales influjos de juventud Maria creció y se hizo una mujer. Poco sabía entonces que en el futuro, mirando hacia atrás, recor-

daría aquellos años como los mejores de su vida.





A. D. 1873

—¿Qué querías Erola? ¿Por qué le has dicho a Maria que me llamara? —preguntó Manel, que considerándose ya un hombre hecho y derecho, se había dejado crecer un bigote finito que él mismo calificaba de *muy elegante*.

Por respuesta, Cesar le entregó una carta. En ella se llamaba a filas al pequeño de los Erola a propósito de la guerra civil que había estallado el año anterior.

Los ojos de Cesar, que cabizbajo casi no dejaba entrever, albergaban un gran pesar y a la vez la resignación de una res ante la fatalidad de su destino.

Maria que también se encontraba allí bajo el viejo roble, y sabía de qué iba la misiva, le puso la mano en el hombro al verle tan abatido y le sonrió cuando consiguió que se cruzaran sus miradas.

—Ya veo —dijo Manel en tono administrativo—. Te toca ir a la guerra para parar a Alfonso Carlos y a sus insurrectos. No eres el único, Erola.

—Primo, ¿tú no puedes hacer nada? —pidió Maria por Cesar—. Tú conoces al Teniente.

—Esteban es General —corrigió Manel—. ¿Y qué pretendes que le diga? —inquirió—. Que hay un joven en edad de ser reclutado que quiere eludir su deber como ciudadano. Eso no puedo hacerlo prima, sería deshonroso, ahora que se ha proclamado la República hay que defender las ideas modernas. Muchos son los que han perdido la vida en esta guerra, y tantos otros daños y mermas ha supuesto para nuestras tie-

rras. Hasta el tío Gaspar, cuando era joven, luchó a favor de Carlos y perdió el meñique. Con eso quiero decir que en esta guerra perdemos todos, y esa es la razón por la cual hay que sofocar el levantamiento cuanto antes. Antes de que nos perjudique todavía más.

—Ya te dije que no serviría de nada —murmuró Cesar.

—Por favor, primo, ¿puedes internarlo? Hazlo por mí —pidió de nuevo la chica visiblemente afectada.

—Bueno prima, veré qué puedo hacer —concedió Manel para acallar la súplica de su futura mujer—. Pero lo máximo que puedo llegar a conseguir es que le asignen a un buen batallón, o quizás, que lo metan en intendencia.

—Gracias Manel —dijo Cesar sin alzar apenas la voz ni mirar a Manel—. Si lo consigieras... Si lo consigieras, eso sería suficiente —y añadió—: No soy un cobarde.

—No puedo asegurarte nada Erola —advirtió

Manel.

—De acuerdo —aceptó Cesar—. Gracias Maria —dijo, y se fue colina abajo hacia las tierras de su familia.

Cuando su vecino estaba lo bastante lejos como para no oírles, Maria se aproximó a Manel y le cogió de la mano. «Te quiero, primo», susurró ella, y él la contempló impasible. Mucho hacía que no frecuentaban aquel paraje, testigo de sus besos y caricias de juventud. Ahí donde escondidos descubrieran el amor y aprendieran sus dulces artes. Pero con el tiempo la pasión había menguado, y sus escapadas secretas tras el viejo roble se habían ido dilatando en el tiempo hasta desaparecer. Se querían aún —se insistía Maria—, pero de una forma diferente, como se querían los padres.

—Tengo que contarte algo, prima —empezó Manel, y ella le miró con cierta inquietud—. Verás —continuó—, el Erola no es el único que debe acudir a la guerra.



—¿Qué? Pero tú no... —balbuceó atolondrada ante la noticia—. Tú eres el heredero.

—Lo sé. Iré como Sargento, prima —explicó—, no debes preocuparte. Estaré junto a Esteban. Me ha dicho que lo acompañaré durante toda la campaña, por lo que dudo que tenga que entrar en combate —decía Manel no sólo para tranquilizar a Maria, sino también para sí mismo—. Aunque desconozco cuánto durará la guerra, y en mi ausencia los que guardáis mis tierras, deberéis vigilar: en Francia ha brotado una terrible enfermedad en los viñedos.

—No quiero que te vayas —sollozó ella—. Tenemos que casarnos... Tenemos que casarnos...

—Cuando vuelva prima, nos casaremos. Te lo prometo.

Desconsolada Maria estalló a llorar abrazada a la cintura de Manel. Aquel revés inesperado del destino rompía a añicos el relato vital que la chica se había forjado mentalmente durante años; con su boda, sus hijos y su futuro como una Taià de pleno derecho.

Ahora, humedeciendo con sus lágrimas el pantalón de Manel, sentía miedo de que la vida tomara otro rumbo. Tenía miedo de quedarse sola, de que Manel muriera o lo mutilaran en una contienda que consideraba un juego de hombres sin sentido, estéril y político. Porque la guerra sólo traía desgracias consigo, Manel tenía razón y ella bien lo sabía: su padre le contara, antes de morir de tisis, cientos de historias horribles sobre las guerras que él y su abuelo habían tenido que vivir. En su sollozo Maria se preguntaba por qué los hombres no podían dejar de matarse. Reflexionó que quizás la violencia formara parte de la naturaleza del varón, un destino ineludible que las mujeres debían sufrir.



Era pleno invierno y las ramas desnudas del viejo roble aparecían espolvoreadas de blanca nieve en su parte

superior. No se oían pájaros, ni insectos, ni bestia alguna alrededor. Nadie había vuelto a pasar por ahí en meses, y el frío silencioso adormecía el cuerpo leñoso de aquel gran ser inmóvil. Pero desde la distancia, a paso tranquilo de confesión, el crujir agrio propio de las pisadas en la nieve fue revelando a dos figuras oscuras que se aproximaban. Se trataba de Hilari y Maria.

Cuando Hilari, después de tantos años, avistó el árbol centenario de nuevo, creyó intuir que éste se alegraba de verle. Hasta musitó un «Hola» en su fantasía, y sonrió con nostalgia al viejo roble. El joven de los Taià iba ataviado de monje, y a su lado Maria le narraba su desdicha desde que Manel marchara a la guerra.

—Es que serán las primeras navidades sin él —decía Maria—. Suerte que tú has venido de visita para hacernos compañía. Madre está muy enferma, y vuestros padres se están haciendo mayores. Demasiado frío y demasiado silencio reina en casa, primito.

—¿Te acuerdas, prima, cuando hacíamos el pese-

bre junto al hogar? —indagó Hilari—. Eran buenos tiempos aquellos, ¿verdad? Cuando éramos niños y el futuro aún estaba por escribir.

—Sí, me acuerdo de las figuritas que tallabas en madera —rememoró ella—. Siempre has tenido mucha maña.

—Cada momento tiene sus circunstancias, prima. Dejamos de ser niños y de montar el pesebre, igual que ahora, te toca pasar una temporada alejada de Manel. Es lo que dicta la vida. Pero si albergamos al Señor en el corazón, él nos guiará y ayudará a superar todas estas adversidades.

—Hablas como un cura —le recriminó burlona Maria, con una sonrisa en los labios, la primera que dibujaban en tiempo—. Se nota que has estado estudiando para dar sermones.

—Es que soy un cura, prima —dijo Hilari—. Era mi destino, ahora lo veo claro. Quedarme, sólo me hubiera traído dolor.

—¿Por qué? —aventuró Maria, desconocedora de

las razones por las cuales Hilari había abrazado, en última instancia, el monacato.

Él la ojeó dubitativo. Nunca le había confesado su amor, y pensó entonces, que quizás no lo hiciera jamás. ¿Qué iba a sacar de ello? —se repetía para sus adentros—. Su papel en la vida era acompañarla, ser un guía para ella, pero no poseerla plenamente. Una penitencia que había aceptado de buen grado, reprimiendo sus sentimientos y volcándose en el estudio y la música que tanto amaba.

—En el monasterio soy feliz. —dijo con pesadumbre, y añadió en tono de broma, para disimular su aflicción—: ¡Y cómo no serlo! Si en invierno nos dan morro de bacalao con cebolla confitada.

—Me hubiera gustado que te quedaras con nosotros.

Hilari ganó los pasos que les separaban del viejo árbol. Al principio la nieve era más blanda, y el chico se hundió, pero enseguida ésta desaparecía formando un círculo que dejaba entrever la hierba amarilla del

suelo.

—Mira al roble —dijo alzando la voz y posado su mano en el tronco—, siempre ha estado ahí. Siempre nos ha acompañado. Y es probable que siga aquí cuando nosotros ya no estemos entre los vivos. Él es como Dios, siempre está con nosotros, pero a menudo no nos damos cuenta de ello.

—Si el roble hablara... —comentó Maria aludiendo a las pasionales tardes de primavera que ahí pasara con Manel, en un murmullo que Hilari oyó débil y lejano, aunque entendió a la perfección.

—El roble escucha —susurró éste.

Al sentir la rugosidad de la corteza del árbol, Hilari también viajó con el pensamiento a antaño, y evocó su niñez. En el recuerdo era alegre y luminosa, y todo lo malo se había diluido hasta prácticamente desaparecer. Recordó a su hermano, los juegos con Maria y Cesar, o las innumerables tardes que él solo había pasado contemplando el valle, escuchando la cadencia de la naturaleza enhebrándose. Porque aquel

paraje acaeció la escuela improvisada que le enseñara a percibir su ritmo y belleza, y gracias a él, ahora era capaz de ver que en el fondo, la vida, era música. Recordó la primera vez en que subió a la colina con Manel, lo impresionante y turbador que le había parecido entonces el árbol, y cuánto habían vivido bajo sus ramas retorcidas. Nunca volverían a ser niños — meditaba Hilari con añoranza—, ni a jugar al tranco o al cordón, pero el viejo roble era el nexo inquebrantable que les unía a ese tiempo feliz. El roble, era lo único que quedaba de su inocencia.

Un cuervo graznó y su negra sombra sobrevoló la colina. Hilari no quiso tomárselo como un mal augurio, pero volvió con Maria y le dijo de regresar a casa.

—Nosce te ipsum —le dijo Hilari a Maria antes de partir—. Conócete a ti misma.

—¿Qué significa primito? —preguntó ella.

—Que cada uno tenemos nuestro sitio en este mundo. Sólo debes averiguar cuál es el tuyo. —Tras sonreír cariñosamente, Hilari añadió—: Me lo ense-

ñaste tú, prima.

Y con estas palabras marcharon e Hilari no volvió por la colina del viejo roble en mucho tiempo. Durante los meses que siguieron, los domingos después de misa, Maria se acercaba a la colina y bajo el árbol, rezaba una plegaria para que su amado regresara lo antes posible. Una vez terminada la oración, cogía alguna pequeña piedra de alrededor y la ponía en fila, junto al árbol, para contar cuántas veces había suplicado a Dios y dejar testimonio de su devoción por Manel. Enseguida se formó un arco paralelo al viejo roble, y Maria se repetía convencida por la superstición, en un acto de magia pagana, que antes de cerrar el círculo, seguro que su primo y futuro marido habría regresado.





A. D. 1874

Recogiendo tomillo y manzanilla, Maria había llegado hasta las faldas de la colina del viejo roble. Portaba un cesto de mimbre prácticamente a rebosar, y desde hacía un buen rato se dedicaba más a pasear que a recolectar, arrancado las flores al azar de forma caprichosa.

—¡Maria! —oyó vocear la chica desde la distancia.

Se giró y vio a Cesar saludándola a lo lejos. Le embargó tal alegría que dejó caer el cesto y se puso a

saltar.

—¡Cervatillo! —gritó—. ¡Habéis vuelto! ¡Habéis vuelto! —y fue corriendo hacia él.

Al encontrarse, Maria lo abrazó eufórica y Cesar lanzó un quejido contenido, incapaz de retener a la chica. Estaba muy delgado y pálido, además de algo encorvado, pero Maria no reparó en ello y lo estrujó tan fuerte como pudo.

—¿Y Manel? —preguntó enseguida Maria—. ¿Ha terminado la guerra? Qué alegría verte de nuevo. ¡Qué alegría!

—No Maria —dijo el chico con voz suave—. He venido yo solo. Manel sigue en el frente. Verás... he estado muy enfermo y me mandaron a casa. —Cesar tosió un par de veces como para ejemplificarlo—. Estuve muy mal, Maria. Apenas puedo comer, y es de las primeras veces, en semanas, que salgo de la masía y me alejo de las tierras de la familia.

La expresión de Maria cambió por completo al descubrir que Manel no regresaba todavía con los su-

yos, y su rostro se tornó serio e inexpresivo, perdiéndose la mirada en algún lugar de la lejanía en el horizonte.

—Lo lamento —le dijo Cesar, posando la mano con delicadeza sobre el antebrazo de la chica.

—A ti no te atañe esa culpa, cervatillo —contestó ella—. Ante todo, es una suerte inmensa el que hayas regresado. Por lo menos tú, estás de vuelta entre nosotros. Es una suerte, sí. Te he echado de menos, cervatillo —y volvió a abrazarle, con menos euforia pero más ternura.

—La guerra es un infierno Maria —le explicó Cesar, con el mentón en su hombro, al oído, tal que una confidencia—. He visto a hombres comportarse peor que cualquier bestia, como no lo haría ningún animal. No quiero volver Maria, quiero quedarme en casa, en el bosque, contigo.

—Estás en casa cervatillo —le consoló ella, sin dejar de abrazarle—. Yo te cuidaré si hace falta. Si quieres —enfaticó a raíz de una idea—, te haré un

pastel de moras... ¡Ese que te gustaba tanto!

—¡Oh! ¡No digas eso Maria! —exclamó él intentando ser más alegre, gesticulando en tono de broma—. Pero si dije que casi no puedo comer nada, soy como un petirrojo. Desde que volví, mi cuerpo sólo admite caldos y purés.

—Disculpa, tienes razón. Vamos a sentarnos... si quieres —propuso Maria, y fueron hacia el viejo roble para reposar las espaldas en el tronco—. Cuéntame, ¿sabes cómo está Manel? Hace tiempo que no escribe...

—Desde que me ingresaron en el hospital de campaña no lo he visto, las tropas tuvieron que avanzar y los heridos y enfermos quedamos atrás. Pero antes, bueno antes estuvimos juntos en el mismo batallón, eso fue prácticamente desde el principio. Manel se sentía solo, creo yo, y empezó a invitarme a su tienda para jugar a cartas. Así pasábamos el rato Maria, jugando a la brisca. No creas, Manel seguía con su pendería... engreído, como siempre fue conmigo, aun-

que supongo que al menos le hacía compañía. Supongo. Pero con los meses la cosa cambió, Maria. La verdad es que al final nos hemos hecho... digamos que... como camaradas, o algo parecido. Por las noches solíamos beber ratafía en su tienda recordando nuestras tierras, y terminamos aparcando los viejos rencores de cuando éramos niños. Creo que eso es lo único bueno que hace la guerra: Juntarnos. Juntar a los hombres.

—¿Pero él cómo está? —insistió Maria.

—Con ganas de regresar, te lo aseguro. A menudo me hablaba de ti, de lo buena que eras con él. Sigue siendo el mismo señorito con la lengua de serpiente, de eso no debes preocuparte —dijo en una burla cariñosa—, pero su mirada se ha vuelto un poco más dura si cabe. A todos nos ha pasado, ¿sabes María? La guerra te cambia la mirada. Te hace un hombre de verdad.

—Espero que no tarde en regresar, cervatillo. Lo necesito.

Cesar afirmó con la cabeza.

Continuaron charlando un buen rato. Cesar le re-

lató las desventuras del campo de batalla y ella le escuchó atenta, imaginándose a su querido Manel en aquellas circunstancias tan terribles. Sin embargo, el saber que su futuro marido la echaba de menos y se acordaba de ella la reconfortaba en gran medida, y diluyó una inquietud que le oprimía el alma desde hacía algún tiempo.

Después partieron a sus respectivas masías con la promesa de que Maria iría a visitar a Cesar al día siguiente. Y pasaron un par de semanas hasta que volvieron a acercarse por las inmediaciones del viejo roble. Por entonces Cesar mostraba un semblante algo más sano, y su forma de caminar era menos tambaleante. Ella, traía consigo un pequeño pastel cubierto con un trapo.

—¿Qué hiciste Maria? —curioseó Cesar—. Ya me parecía a mí que al citarme aquí era porque te traías alguna entre manos.

—Como hace unos días que comes con apetito, cervatillo, y se te nota que tienes muchísima hambre

acumulada, te he preparado un pastelito de manzana y moras —explicó ella melosa, con una gran sonrisa—. Pensé que era mejor dártelo aquí, para evitar más rumores. De tanto ir a tu casa a visitarte, he oído cuchichear a tus tías sobre mí. No quiero que murmuren más.

—¡Me cuidas demasiado Maria! —agradeció Cesar—. ¿Y qué van a decir “las tres hurracas”? Si lo único que has hecho es cuidarme y hacerme compañía.

—Lo sé, pero no deseo que esparzan más mentiras ni calumnias, la gente habla muy rápido de los demás y se inventan historias enseguida. Por eso creo que, ahora que te has recuperado un poco, acudiré menos a visitarte a Ca l'Erola —dijo para sí también, intentando aplacar algún tipo de culpa.

—Lo comprendo Maria, y jamás podré agradecerte lo suficiente lo que has hecho por mí —reconoció Cesar—. Creo que me he recuperado, en gran parte gracias a ti. Me has devuelto la alegría y me has recordado que hay un mundo al que pertenezco, lejos del

campo de batalla. Un mundo de árboles y corzos, donde puedo volver a ser feliz cazando o preparando un buen guiso de menudillos.

Con sutileza y alagada, Maria sonrió, para luego destapar el pastel que traía cuidadosamente envuelto. Fue tirando de las cuatros esquinas dobladas el mantel a cuadros como si se tratara de cuatro pétalos. Mientras lo hacía, Cesar se fijó en la hilera circular de piedras que rodeaba el roble, y preguntó a Maria: —¿Has visto eso?

—Las puse yo —contestó Maria—. Me recuerdan el tiempo que hace que espero a Manel y mi compromiso con él.

—Ah —únicamente dijo Cesar.

Comieron el pastel con gran deleite y cuando todavía tenían la boca llena, una gotita helada cayó sobre la nariz de Maria.

—Parece que va a llover —apuntó Cesar alzando la vista hacia unos nubarrones grises y malhumorados que habían aparecido de improvisto.



—Sí, mejor que recojamos —dijo ella mientras engullía el trozo de pastel que tenía en la boca.

Pero antes de que pudieran siquiera levantarse, estalló un aguacero intenso del que les fue imposible escapar. De repente las gotas caían sin tregua, y tanto Cesar como Maria quedaron empapados enseguida.

—¡Corre! —decía Cesar mientras bajaban por la colina.

—¡Ya voy cervatillo! ¡Espérame! —respondía ella entre risas.

Un relámpago iluminó el cielo y un trueno ensordecedor le siguió al instante, para dar paso a una lluvia todavía más furiosa. Momentos después Cesar y Maria penetraron, calados hasta los huesos, en la floresta y el amparo de las copas de sus árboles.

Pero sobre el viejo roble siguió lloviendo. Llovió y llovió, como tantas otras veces había llovido durante su centenaria existencia. Y como solía ocurrir, de golpe, la lluvia se detuvo. Como vino se fue, y los nubarrones dieron paso a un cielo sereno, claro y silencioso, que no

guardaba ninguna señal de aquella tempestad que había desencadenado.



Sola y encogida en un ovillo, Maria lloraba con desconsuelo bajo el viejo roble. Llevaba así un buen rato, compadeciéndose de su desdicha. De vez en cuando las lágrimas cesaban unos minutos. Pero entonces miraba al cielo, a sus manos temblorosas, y terminaba volviendo a llorar.

Pese a hacer un día espléndido, Maria sentía un frío enfermizo, y se abrazaba las rodillas, y se sonaba los ríos de mocos con un pañuelo húmedo y pegajoso. Sumida en esa pena, Maria acabó durmiéndose.

Ahí, bajo la sombra benigna del roble, Maria soñó con demonios y serpientes. Farfullaba inquieta palabras ininteligibles, movía ligeramente los dedos de forma desordenada, y hasta había ocasiones en que se

le aceleraba la respiración.

Al despertar a media mañana, no recordaba nada y se fue de la colina.

El viejo roble se puso triste al sentirla marchar, aun sin saber por qué María lloraba.



Pasaron un par de meses hasta que María regresó a la colina, esta vez junto a Cesar. El chico mostraba un semblante extremadamente pálido y chupado, con los ojos rojizos y las cuencas ensombrecidas. No obstante, tenía el caminar enérgico de un perro que hubiera estado encerrado por largo tiempo y ahora recuperara la libertad.

Él le sujetó la mano, y ella de inmediato se soltó con rubor en las mejillas.

—Perdona —se disculpó Cesar—, creía que...

—No lo sé cervatillo—se justificó ella en casi un

susurro—. Fue un desliz... creo. No lo sé... Estoy confusa. —Maria se secó dos lágrimas que habían brotado de sus ojos, pero que no tenían suficiente fuerza como para resbalar por sus mejillas—. Me supo tan mal que volvieras a caer enfermo. Y por mi culpa, además, al quedar empapado por la lluvia. No sé. Me dejé llevar. Te veía tan mal, tan enfermo, y yo me sentía tan culpable...

—Pero me diste un beso —replicó él con dulzura—. Fuiste tú quien me besó —e intentó volver a rozarle la mano.

—No sigas insistiendo —se zafó ella—. Soy la prometida de Manel. Me debo a él. Ese es mi lugar en el mundo.

—Yo pensaba... —iba a explicarse Cesar, pero desistió abatido—: Da igual. Fuiste tan buena conmigo, y me cuidaste tanto, Maria, que no puedo reprimirte nada. Sigo vivo gracias a ti.

—Deja de decir eso cervatillo, me haces sentir todavía peor.

—Sólo quiero que sepas que, si así tú lo desearas, a mí no me importaría estar a tu lado —dijo Cesar, mientras empezaban a rodear el tronco ancho y rugoso del árbol.

—Eso es imposible a la par que impropio, ¿no lo entiendes? —objetó ella ligeramente alterada—. Voy a casarme con Manel. Es la vida que me pertenece y Dios ha dispuesto para mí. No existe ningún otro camino.

—¿Por qué? Claro que hay otros caminos —Cesar se detuvo—. Los que tú decidas Maria.

—Cesar —dijo ella utilizando el nombre del chico, y no su apodo—, yo soy y siempre seré mi familia, mis antepasados, mi gente. No puedo decepcionarlos. No puedo dejar de cumplir con lo que se espera de mí. Somos nuestras raíces —medio sollozó golpeándose el pecho—, y no puedo traicionarlas. ¿Lo entiendes? Por misericordia, ¿lo entiendes?

—¿Raíces dices? Las raíces solamente cuentan de dónde vienes, Maria. Es el comienzo del camino. Pero

no deciden quién serás. Yo soy libre y haré lo que me plazca, aunque eso disguste a mis padres o hermano.

—Pero es diferente —replicó ella—. Tú eres un hombre.

Cesar no quiso seguir discutiendo y reemprendió la marcha. Ella restó pensativa unos instantes, sin que su mente utilizara palabras, dejando que su Yo más profundo debatiera aquel asunto. Mientras tanto su consciencia se posó en las ramas del árbol, en su urdimbre, en sus hojas onduladas y los ramilletes de bellotas que florecían aquí y allá. Al final del proceso, no supo qué había decidido, pero sintió la necesidad de correr detrás de Cesar. Enseguida le atrapó, sujetándolo por la manga de la camisa para que se detuviera.

—Cervatillo, por piedad... —le suplicó Maria—, no me hagas esto. Conoces cuánto te apre... cuánto te quiero. Yo... Siempre estuviste conmigo. Siempre lo estarás. Pero debo ser fiel a lo que marca mi destino.

Tras respirar profundamente, Cesar asintió para seguidamente continuar andando.

Maria se sentía sorprendida ante la sinceridad de aquella conversación, pues las palabras contenían una verdad que nunca antes había osado pronunciar. Ello le acercaba a Cesar y confería una intimidad inaudita al encuentro.

Cabizbaja Maria le siguió, descompuesta, sumida en un mar de duda y dolor.



Unos días más tarde Cesar llegó saltarín hasta la falda de la colina. En su alegría canturreaba una tonada entre silbidos. Remontó la pendiente con un sombrero de paja que le protegía del espléndido sol y una cesta de mimbre que se le balanceaba en el brazo. Sabía que Maria no tardaría en llegar, así que se apresuró en desplegar sobre la hierba el mantel a cuadros de la tía Rosa, el cual había substraído a escondidas con intención de devolverlo lo antes posible. Encima puso una

hogaza de pan y una botella de vino.

Luego, se tumbó cruzando las manos detrás de la nuca. El aire olía a romero, a hierba seca, hasta había en él un suave aroma a flores. Quizás fuera su buen humor el que le hacía sentir todas aquellas fragancias —especuló Cesar para sus adentros—, o puede que aquel septiembre hubiera despertado especialmente frondoso por las fuertes lluvias del verano.

El chico estaba medio adormilando cuando oyó el crujir de unos pasos a lo lejos. Se trataba de Maria y a ojos de Cesar venía radiante, hermosa como pocas veces la recordaba. Llevaba una falda castaña y una blusa blanca en parte tapada por un pañuelo de bordados florales. En la cabeza tenía atado otro pañuelo, pero no el negro que solía lucir, sino uno de rojo y brillante. Además, Cesar se percató de que en esta ocasión Maria había dejado el devantal en casa. Todos aquellos cambios le alegraron más si cabe el espíritu, pues significaban que la joven se había arreglado para el encuentro. Entonces —pensó Cesar, terminando la



frase a voz, en un susurro emocionado—: ...no ha cambiado de idea.

Ella se colocó al otro lado del mantel, delante de Cesar, y sin hablar arrancó un pellizco de pan por nervios, más que por hambre.

—Hola —saludó Cesar sonriente.

—Hola cervatillo —contestó ella esquivándole la mirada.

—Bebamos un poco —dijo Cesar mientras descorchaba la botella de vino—. Éste es muy rico, es de “la cosecha buena”, la de hace tres años.

Cuando Cesar terminó beber, ella asió la botella y dio un buen trago. Una gotita roja como la sangre resbaló por la comisura de los labios de Maria, y Cesar se apresuró en limpiársela con la mano. Ante la caricia, Maria se apartó levemente y volteó el rostro hacia el suelo. Acto seguido, él prendió la mano con la que la chica se apoyaba.

—Cesar... —musitó ella.

—¿De qué tienes miedo? —preguntó él con sua-

vidad—. El otro día forni... —y rectificó—: hicimos el amor, que dicen los franceses.

—Sí —sólo supo afirmar Maria, ruborizada.

—Entonces, ¿de qué tienes miedo?

—De Manel... De mi familia —contestó con voz apagada—. Estoy hecha un lio cervatillo.

—Tú no pienses en los demás. Déjate llevar —sugirió Cesar al compás que se arrimaba a ella.

Por respuesta Maria cerró los ojos y Cesar aprovechó para besarla con ternura. Un calor vibrante revivió en las entrañas de ella, y sintió como ese fuego le subía por la espalda y alcanzaba los lugares más recónditos de su ser. El chico la tumbó y siguió besándola cada vez más excitado, impregnándose de la pasión que Maria intentaba contener.

Entonces él sacó su gruesa verga y tanteó la entrepierna de Maria, quien se subió la falda y se desparramó tanto como pudo. Gracias a estar bien lubricada, Cesar la penetró con facilidad e hicieron el amor bajo el viejo roble, embriagados por el cosquilleo de la luj-

ria. Y durante esos minutos fueron felices. Se olvidaron de todo. De todo menos de aquel lugar y de aquel instante infinitos, donde su consciencia se sublimó a partir del deseo.

Una vez terminado el acto sexual, los dos se abrazaron en el silencio de los amantes. Ya no había vuelta atrás —pensaba Maria—. Era tanta la felicidad que le había aportado reencontrar el amor, que quizás valiera la pena correr el riesgo que comportaba. En su transgresión Maria se sentía algo más libre, y notaba aligerarse la presión de un yugo que en su mente le oprimía. Pero a la par, nació en ella un presentimiento atroz. La intuición de que aquel pecado tendría consecuencias funestas, y que ni Manel ni Dios Nuestro Señor jamás la llegarían a perdonar. Rápidamente Maria alejó tales pensamientos de su cabeza y se limitó a saborear el presente. Era feliz junto a Cesar. ¿Qué más importaba?

A partir de ahí, en los meses que siguieron brotaron muchos otros escauceos amoroso bajo el viejo ro-

ble. Con cada nuevo encuentro la culpa menguaba un poco en el corazón de Maria, y pronto dejó de pensar en Manel o en lo que pensaría su familia si se enteraba. Decidió silenciar todos aquellos pensamientos que la inquietaban, y entre besos y caricias, los dos amantes fueron abriendo sus corazones. Cesar le hablaba de sus sueños de libertad, de su amor por los bosques y la fauna. Ella le relataba los problemas que tenían en la finca con la mosca del olivo, o cómo se afanaban los que convivían en la masía de los Taià en sembrar centeno, cebada y trigo.

Cuando se lo permitían sus demás menesteres, Maria se escapaba hasta el viejo roble con la excusa de ir recoger setas. Intentaba que fuera siempre sobre la misma hora, a media mañana, aunque apenas dos o tres veces por semana acababa teniendo oportunidad de postergar sus faenas y escaparse. Por su lado, en un ritual periódico cuando el sol despuntaba lo suficiente, Cesar se acercaba cada día a las inmediaciones de la colina para ver si Maria le estaba esperando en la cima.

Cuando por ventura se encontraban, se abrazaban y besaban inmediatamente después de un cariñoso «hola», y hacían el amor tumbados sobre un mantel a cuadros con tal de no pincharse las nalgas o la entrepierna. Pronto se cubrieron también con una manta, pues había días en que el aire refrescaba las partes desnudas de sus cuerpos, y a Maria si el viento soplaba se le ponía la piel de gallina. A Cesar poco le importaba el leve frío mañanero, pero en cuanto advirtió la incomodidad de Maria, llevó una manta gruesa y marrón para resguardarse.

A menudo tras amarse bajo el viejo roble, se quedaban silenciosos admirando las nubes. Por lo general Cesar se mostraba poco hablador, pero cuando conversaban él y Maria, la chica agradecía que fuera un diálogo, y no un monólogo como los que solía soltar Manel. Maria sentía que con Cesar gozaba de total libertad para dar su opinión sin temer reprimendas.

Fue un otoño feliz para los dos amantes, y el invierno pasó hogareño, entre anhelos por el reencuen-

tro, dado que a causa del frío y las nieves durante unas semanas no lograron verse en las inmediaciones del viejo roble. Pero la avanzadilla de la primavera no tardó en florecer, y retomaron de inmediato las citas secretas. Con más ímpetu, deleite y fogosidad todavía.

Por aquel entonces Cesar se había recuperado por completo de sus dolencias e incluso había engordado un poco. Su tez ahora lucía rolliza y llevaba dibujada una sonrisa la mayor parte del día. En cuanto al amor, Maria apreciaba una gran diferencia entre Cesar y lo vivido años atrás con Manel: el uno dominante y agresivo, se excitaba sintiéndola subyugada cuando yacían juntos. Cesar en cambio, más rudo y torpe, resultaba a la vez más cariñoso, y nunca le había pedido que le lamiera *la bellota* —le llamaba ella al pene—.

Ahora, al estrecharla Cesar con sus fornidos brazos, Maria se sentía protegida, y el olor de su piel y el calor de su carne la tranquilizaban igual que a un niño el regazo de su madre. Puede que fuera amor, pero se trataba de un amor distinto al que sintiera en su ado-

lescencia por Manel. Era un amor más sutil y delicado.

—Nos ha contado Juan que la guerra está terminando —dijo una vez Cesar tras copular.

—¿Cómo lo sabe? —preguntó Maria con un atisbo de preocupación.

—En su carta contaba que Martínez-Campos ha recuperado Olot, que los de don Carlos, dice, están diezmados y sin fuerzas. Mi hermano Juan está en la retaguardia, pero dice que el ánimo entre los hombres está crecido, que “no tardaremos en vencer a los insurrectos”. —citó Cesar, dejando una larga pausa. Pero Maria permaneció en silencio, y él continuó—: Además Maria, Tomàs Casanova, el hijo de Simó, ya sabes, el que reparte la correspondencia, nos contó al traernos la carta que tenía también una para los Taià. ¿Acaso no os ha llegado?

—¿Qué? En casa no me dijeron nada —espetó Maria sorprendida tanto por ser desconocedora de la noticia como por que Cesar hubiera tardado tanto en decírselo.

—No habría llegado todavía —especuló Cesar—. Justo la leímos antes de quedar.

—¿Pero por qué no me lo has contado antes cer-vatillo? Tengo que irme. Será de Manel. Tengo que ir a la masía a leerla.

—De acuerdo —aceptó Cesar con cierta culpabi-lidad, que se lo había estado guardando por miedo a qué pasaría a partir de entonces.

Tras vestirse rauda, Maria bajó a paso ligero la co-lina. Por su parte, Cesar permaneció apoyado en el tronco del viejo roble viéndola desaparecer entre los árboles. ¿Era aquel el fin de su relación? —se interro-gaba el chico, mascando hinojo en la sombra—. Era probable que así fuera, que al volver Manel ella reto-mara su anterior vida. Le dolía, pero era lo que pasaría. Sabía que debía aceptarlo. ¿Qué otra opción tenía?

Para su sorpresa, al rato Maria regresó con la carta entre las manos y los ojos rojos de haber llorado. Él se levantó de inmediato.

—¿Qué pone? —se apresuró a preguntar.



—Que en breve volverá, que él se queda a la espera mientras se echa a don Carlos de las vascongadas... y que me quiere —terminó en un sollozo contenido.

—¿Puedes leerla? Por favor —solicitó Cesar, a quien todavía le costaba esfuerzo leer con fluidez.

Ella le miró con desconsuelo. No le apetecía en absoluto releer aquellas palabras, pero a sabiendas de las dificultades de Cesar para la lectura, asumió la tarea aunque supusiera un mal trago. Se sonó los mocos y leyó:

—Mi muy amada Maria, primero, debo pedirte perdón por no haberte mandado misiva alguna en tanto tiempo. Los avatares de la guerra son diabólicos y me lo impidieron muy a mi pesar. Sin embargo, durante estos dos largos años de contienda, siempre estuve en mi corazón y en mis pensamientos. Más aun, el recuerdo de tu rostro y tu sonrisa me dieron ánimos para no desfallecer ante la crudeza del combate. Ahora veo bien cuánto te quiero, y que debiéramos habernos casado antes de mi partida al frente. —Respiró y oteó

la cara de Cesar—. Dulce Maria, si vas a ser mi mujer, quiero ser sincero contigo. Me he visto empujado a tener que matar y torturar a muchos bastardos de Carlos. No me arrepiento de mis actos, se lo merecían, pero me he dado cuenta que tú representas lo poco de humanidad que atesoro. Eres una flor brillante en este mundo de sangre e ignorancia. Eres mi flor. Por hoy y para siempre —Maria gimoteó estas últimas palabras, y tras una pausa para resarcirse, prosiguió leyendo—: Te alegrarás en saber que la guerra está terminando. Hemos ocupado Olot y sometido a sitio La Seu d'Urgell, que no tardará en capitular. Las tropas se preparan para movilizarse hacia el noroeste y aplastar a los rebeldes de las vascongadas. El fin de la guerra está llegando Maria. Por mi parte yo me quedaré aquí en Olot, donde el aire es fresco y se respira cierta calma, así dispondré de tiempo para descansar y pensar en ti. Soñar en mis tierras y nuestro futuro. Confío en que resten pocos meses para que me envíen de regreso a casa y pueda verte. Te quiere y te anhela, Manel Taià i

Figueres.

Maria bajó la carta con lentitud y tardó en atreverse a levantar la mirada. Al hacerlo, se asombró en ver que Cesar mostraba un rostro impasible, sin enojo ni pena, quizás alejando cualquier sentimiento con tal de protegerse del dolor —supuso ella—. Aunque en realidad estaba estupefacto por la afabilidad de Manel en la carta, por una ternura que ignoraba su vecino pudiera llegar a expresar.

—¿Qué haremos cervatillo? ¿Qué haremos? —le preguntó ella.

—Lo ignoro, Maria —confesó Cesar—. Lo que tú digas. Haremos lo que tú digas.

Ella no esperaba aquella respuesta y se sintió perdida. Quería seguir viendo a Cesar, pero se sentía asimismo incapaz de renunciar a su futuro con Manel. ¿Qué hacer? —se preguntaba una y otra vez—. Hasta entonces había estado dilatando la decisión, pero finalmente había llegado el momento de escoger un camino. No obstante, el silencio reinaba en sus aden-

tros. Sin saber cómo reaccionar, Maria se echó a los brazos de Cesar y empezó a llorar desconsoladamente.

—Se acabó, cervatillo —mugía la chica—. Se acabó.



**A. D. 1876**

Manel Taià se sentó a contemplar sus tierras oscurecidas por las recientes nieves. La imagen era exacta a la grabada en su mente 3 años atrás al partir, y ahora volvía a admirarla desde la colina del viejo roble. Parecía que nada hubiera cambiado. Sus dominios, sus campos o su masía seguían como los recordaba. Compartiendo, para Manel, la eternidad sosegada del roble inmemorial. Lejos de ahí, el mundo seguía girando sin

remedio, entre guerras, rebeliones y descubrimientos constantes. Pero sus tierras se mantenían impasibles, en un equilibrio ajeno al tiempo, lo cual le reconfortaba.

De seguro Maria, a quien deseaba con fervor, le estaría esperando en el interior de su casa, deseosa de convertirse al fin en su esposa. En el recuerdo idealizado, hacer el amor con ella no tenía comparación con los desahogos con fulanas en el frente. Las prostitutas eran serviciales por dinero, en cambio Maria había sido siempre una auténtica amante sumisa. Le respetaba de verdad como él se merecía.

Una sombra asomó de la arboleda a los pies de la colina. Era Cesar, su vecino y compañero de contienda. Andaba apresurado y no se percató de la figura de Manel saludándole desde lo alto del cerro. Aunque no era propio de un caballero, alentado por la amistad que les había unido durante la guerra, Manel lanzó un enérgico «¡Eh, Erola! » para llamar su atención. Cesar se detuvo, entrecerró la mirada y se acercó con paso

dubitativo hasta la cima. De lejos veía un poco borroso, y al principio Manel apareció para Cesar como un manchurrón negro, pero al acercarse se definieron la figura del heredero de los Taià y los temores de su vecino.

—Qué flaco estás Erola —dijo Manel—. ¿Es que no te alegras de verme? Pareces un ánima en pena.

—Estuve muy enfermo —se justificó Cesar—. Pero pasó y me recuperé. Si te parezco flaco tendrías que haberme visto hace un año. Parecía un galgo.

—Algo me llegó de tu convalecencia. Cuando desapareciste me dijeron que estabas en el hospital de campaña. —Le puso una mano en el hombro como señal de camaradería, pero Cesar sintió brotar una presión insoportable que manaba de la culpa—. Ay Erola... ¡Cuánto he deseado volver a estas tierras! ¡Mis tierras!

—Aquí todo sigue igual —dijo Cesar, percatándose al instante de la hipocresía de sus palabras, y sintiendo la necesidad de marchar corriendo de ahí cuan-

to antes.

—¿Y Maria? —preguntó Manel—. La has visto, supongo.

—Sí.

—Y dime, ¿cómo está mi prima? ¿Sigue igual de bella o ha engordado como una cerda durante mi ausencia? —bromeó.

—Maria está bien —contestó Cesar apesadumbrado—. Te espera en Ca'ls Taià. Pero... pero tengo que irme Manel... Si acaso, ya nos veremos —e hizo ademán de girarse—. Me alegro de que hayas vuelto —mintió cuando marchaba.

Manel lo observó descender, algo desconcertado por la actitud distante de con quien compartiera tantas noches en la oscuridad de la batalla. «No se habrá recuperado por completo aún», pensó. Y no le dio mayor importancia.

Respiró con profundidad el olor húmedo de la corteza del árbol, y antes de proseguir su camino hacia la masía, se sentó un rato más junto al roble para con-



templar la panorámica de sus dominios. La dulce Maria retornó a sus pensamientos, y evocó las mañanas de pasión que vivieran al principio de su relación ahí mismo, lo cual le provocó una semi-erección. Era cierto que la distancia había hecho germinar en el corazón de Manel un sentimiento nuevo para él. No sabía si era amor, o cariño o nostalgia. Pero deseaba estar con Maria.

Se sentía muy feliz de regresar al hogar.



Con el cielo despejado, Cesar e Hilari mantenían una conversación tranquila enfrente del viejo roble. Ninguno de los dos alzaba lo más mínimo la voz, como si tuvieran miedo de ser oídos o se encontraran dentro de una iglesia. Cesar se frotaba las manos y pendulaba entre sus pies a causa de un nerviosismo contenido. Mientras que Hilari, ataviado con su hábito castaño

atado con una cuerda, ni se movía un ápice.

—Todos pecamos Erola —decía Hilari con la cadencia propia de haber repetido aquello miles de veces, aunque sus ojos no fueran acorde con sus palabras, y en ellos se intuyera sorpresa o incluso rabia—, pero en su magnificencia el Señor nos perdona. Claro que debemos asumir nuestra penitencia y arrepentirnos.

—Pero es que yo no siento que haya hecho nada malo —confesó Cesar—. Nos... quisimos... Creo que todavía nos amamos, aunque no podamos decirlo en alto por miedo a Manel. ¿Cómo puedo apartar lo que siento?

—Maria se casará con Manel, es su prometida. ¿Qué no has hecho nada malo? —espetó Hilari perdiendo la compostura de su tono armonioso—. La has mancillado, has fornicado con ella aprovechando que mi hermano luchaba en el frente. Has condenado a Maria a ser adúltera. Te has comportado como Judas Iscariote ante los romanos —e hizo una pausa con tal de sosegar—. Cesar, si no te arrepientes, no hay per-

dón posible.

—Pero ellos no están casados —objetó Cesar.

—Sí, pero están prometidos y en breve se casarán. De igual forma debes saber que, para Dios nuestro Señor, fornicar es pecado.

—Y desear a la mujer de tu hermano, también — se le escapó a Cesar, que de inmediato se arrepintió de haberlo dicho.

—¿Qué? —sólo supo articular Hilari.

—¿Crees que no me daba cuenta? Cómo la mirabas. Estaba claro que cuando éramos jóvenes sentías algo por Maria —continuó Cesar con voz apagada. Se dijo que una vez abierta aquella *caja de Pandora*, no valía la pena disimular, y el arrepentimiento dio paso al enojo—. No puedes juzgarme por algo que si hubieras podido, también tú habrías hecho. Deja de sermonearme, yo sólo quería confesarme contigo Hilari porque... Porque necesitaba contárselo a alguien. Sé que tu boca permanecerá cerrada por aquello que no podéis decir nada de lo que se os cuenta en confesión.

—El sigilo sacramental —apuntó Hilari—. Pero no empeores las cosas, no lances calumnias sobre mí, Cesar, sólo Dios puede juzgarnos. Y te repito, no puedo darte el perdón si no te arrepientes. Si lo que querías era solamente desagotare con alguien, habérselo contado al roble. Él siempre escucha y nunca dice nada. Si era eso lo que anhelas, aquí lo tienes —y golpeó el tronco del árbol con la mano—. Pero yo soy un siervo del Señor, soy sacerdote. Puedo ayudarte a enmendar tu pecado y guiarte hacia la rectitud si tú quieres, pero para que haya absolución debe haber primero arrepentimiento. ¿Entiendes mis palabras?

—Lo lamento. No puedo arrepentirme Hilari. Fui feliz cuando estuve con ella —y concluyó—: Quizás no debería haberte contado nada.

Un espeso silencio se posó entre los dos jóvenes, y en la tensión imperante cada uno meditó al asunto a su manera. Cesar se rascaba los brazos y sacó de su bolsa una bola de hierbas para mascar. Por su lado Hilari se dio la vuelta y alzó la vista en dirección a la

copa del viejo roble. Una suave brisa empujaba en un vaivén cíclico el follaje del árbol. Las tiernas hojas, de un amarillo verdoso espléndido, transmitían con su claridad una paz casi mística de la que Hilari quiso impregnarse. El roble no vacilaba —recapacitó—, ni se alteraba ni sucumbía a las pasiones. Hilari se dijo que debía ser justo y compasivo, por mucho que le costara aceptar el agravio hacia Manel, que también era una ofensa hacia él mismo o su propia familia.

—Es mi hermano —dijo Hilari sin mirar a Cesar.

—Lo sé —dijo éste—. En ningún momento quise perjudicaros Hilari, pero soy feliz cuando estoy al lado de Maria. Y ella... Ella debe ser libre para escoger su destino. Manel no pude encerrarla en un corral como si fuera una gallina.

—¿Ella quiere renunciar a Manel para estar contigo? —preguntó Hilari con tono neutro.

—Creo que no. Acepta su obligación de casarse con Manel, aun a costa de su felicidad.

—Entonces déjalos —dictaminó Hilari—. Apár-

tate y no interfieras en su reparación. Maria hace lo correcto.

A pesar de que a Cesar le dolían tales palabras, sabía que era lo que iba a ocurrir, que cualquier otra opción acarrearía un sinfín de problemas para ellos y sus respectivas familias. Había creído que al confesarse con Hilari se le aliviaría la angustia que le oprimía el pecho, pero por el contrario, ahora aun se sentía peor, presa de un malestar generalizado que provocó que se recostara con la espalda apoyada en el roble. En su fuero interno se dijo que tendría que aprender a vivir con aquel pesar. Si dejaba de ver a Maria, tarde o temprano quizás se olvidaría de ella.

—¿Qué aquelarre diabólico ha dispuesto esa hilerá pagana de piedras? —comentó para sí Hilari, fijándose en la ristra dejada por Maria al principio de esperar a Manel—. Será que es centro de reunión de brujas esta colina mágica. Siempre supe que aquí reinaban fuerzas esotéricas, que el símbolo era una marca arcana.

—No son brujas —explicó Cesar—. Fue Maria quien las puso.

—¿Practica brujería? —se sorprendió Hilari.

—La misma que puedas llegar a hacer tú —dijo Cesar con incredulidad e indiferencia.

—No te mofes Erola —pidió Hilari—. Los antiguos disponían las piedras en fila para sus rituales o en sus lugares ceremoniales. No es casualidad. Se trata de una magia antigua y demoniaca. ¿O no has oído hablar de la sorginas del norte o la cueva de Zugarramurdi? Donde adoran, en una burla satánica, a una tal Mari.

—Pamplinas —soltó Cesar.

Enérgicamente con el pie Hilari se apresuró en dispersar el semicírculo de piedras, para después agarrar una rama caída y dibujar una cruz en la zona despejada. Se postro de rodillas, y empezó a rezar.

—Cómo has cambiado... —comentó Cesar sin que Hilari le oyera—. Esos cuervos pardos te han cambiado.

El rezo ininteligible de Hilari devino un murmu-

llo agudo que se mezcló con el sonido de las hojas al rozarse, hasta integrarse por completo en la musicalidad del campo. Al abrir Hilari los párpados, justo antes de terminar la plegaria, observó al roble agitando sus ramas más jóvenes y delgadas. Puede que estuviera bailando —fantaseó entonces—, o puede que Dios quisiera darle alguna señal. ¿Qué hacer? —se preguntaba—. ¿Qué camino tomar ante una disyuntiva tan oscura?

A lo lejos, en el pueblo, brillaban los alegres colores de las fiestas de primavera. Ramos de flores y banderines carmesí adornando la plaza mayor. Cesar nunca había participado en tal festividad, y renunciando a Maria, consideró que aquel mundo civilizado y humano que contemplaba en la distancia cada vez se alejaba más de él. De forma definitiva, decidió que viviría apartado de los demás en el bosque, como un ermitaño o un animal. Y aunque ese había sido desde siempre su deseo, le recomía por dentro la idea de jamás volver a estar con Maria, y se le antojaba ahora



un destino amargo.

Por un instante, Cesar tuvo ganas de llorar, pero se contuvo y apretó los puños. En su lugar, a Hilari una lágrima le resbaló por la mejilla. El pequeño de los Taià también había tomado al fin una decisión, aunque ésta resultaba ser terriblemente dolorosa.



La mañana se había levantado con una serenidad fría, y el rocío aún brillaba en los pastos cuando Hilari y Manel anduvieron lejos de la masía, hasta la colina del viejo roble. Los dos iban cubiertos con sus capas a la espera de que el sol despuntara lo suficiente como para regalarles algo de su calor.

—El invierno perdura en las mañanas —comentó Hilari con vaho en el aliento.

—En cuanto se ilumine el valle, nos asaremos —apuntó Manel—. Ya lo verás renacuajo. ¡Pero hasta el

cuarenta de mayo, no te quites el sayo! Dicen cuando estuve en la capital. Y buena razón tienen.

—Manel, el viernes tengo que marchar —explicó—. Debo retomar mis obligaciones sagradas.

—Soy consciente de ello —dijo Manel—. Me alegra ver que has aceptado tu vida con los monjes como un verdadero hombre. Padre hizo lo correcto.

—Hace muchos años que entré en la comunidad. Ahora ellos también son mi familia, y he aprendido a ser feliz con mis rutinas. Con la música y el...

—Una cosa —le cortó Manel—, quería preguntarte una cosa.

—Dime.

—Desde que he vuelto he notado a Maria un poco extraña. Casi no me habla, e incluso me rehúye. Tengo la impresión de que no quiere estar a solas conmigo. Tú te habrás percatado también, ¿verdad? Ella era alegre y servicial, ¡una joya de mujer! Entiendo que hemos estado alejados durante bastante tiempo, pero soy... voy a ser su esposo, no debería ser tan

fría conmigo. Aparte en el frente añoré muchísimo su calor, tú ya me entiendes, y quisiera tomar cuanto antes lo que por derecho es mío.

—Eso es lujuria hermano —amonestó Hilari con suavidad—. Debes dejarle tiempo al tiempo. Que retome su camino, que enmiende sus pecados. Y debéis casaros cuanto antes.

—¿Qué quieres decir con eso? —inquirió Manel suspicaz—. Tú que la has ido viendo estos años, dime: ¿Ha pasado algo?

Por respuesta Hilari calló, y la mirada de Manel se oscureció de repente. Agarró a su hermano por el brazo de la túnica y lo zarandeó mientras le repetía:

—Dime, ¿qué ha pasado? ¿Por qué me rehúye?

—Déjame Manel —decía perdiendo la compostura Hilari, en un gimoteo que le evocó cuando era niño y su hermano le atizaba—. Déjame, no ha pasado nada. Déjame.

Tras unos segundos Manel le soltó, pero enfurecido no pensaba dejar pasar el asunto con tanta facili-

dad. Resoplando se abrió el cuello de la capa y se quitó el sombrero. Clavó los ojos en los de Hilari, y éste se sintió insignificante. El pequeño de los Taià hubiera preferido que su hermano siguiera sacudiéndolo en lugar de tener que soportar aquella mirada acusadora, y se encogió, tragó saliva y bajó la vista.

Desde hacía tiempo, Hilari había tomado la decisión de contarle el asunto de la aventura de Maria con Cesar a Manel, si bien no encontraba el momento adecuado ni cómo hacerlo. Sin embargo consideraba que era su deber como Taià y que debía delatarlo por respeto a su familia, puesto que al no arrepentirse Cesar, perdía éste el derecho a su silencio. Podía inculparlo sin remordimientos. Manel se enfadaría, eso estaba claro, pero terminaría perdonando a Maria si era suficientemente sumisa y asumía su falta. Él ayudaría a la expiación. Aunque fuera a costa de la relación entre vecinos, que permanecerían enfrentados el resto de sus vidas, valía la pena para que Maria redimiera sus faltas y se casara con Manel libre de pecado. En el fondo,

existía una parte de despecho en estas reflexiones de Hilari. Puesto que Maria no podía estar con él, prefería que por lo menos permaneciera cerca suyo, junto a su hermano. Deseo que jamás se atrevería a reconocer.

—Eres mi hermano —dijo Manel con lentitud—, ¿no me mentirías verdad?

Un rayo de sol que asomaba entre los montes distantes, embadurnó el rostro de Manel con su luz amarina, aclarando sobremanera sus ojos castaños y haciendo refulgir su pelo lacio. El helor apagado de la mañana, con sus sombras y nieblas disipándose, hizo que contrastara todavía más la figura iluminada de Manel, que apreció en la mente de Hilari con una luz divina, tal que Abadón, el ángel exterminador.

Por casualidades del destino, del sendero que seguía la parte baja de la colina, apareció entonces de forma inesperada Cesar, despreocupado y con tres conejos en el hombro. Al ver a los hermanos Taià se detuvo de inmediato y a punto estuvo de dar la vuelta. Pero ellos también le vieron pese a que el sol les des-

lumbraba, e Hilari se puso a temblar al reconocer la silueta del Erola. Trastornado Hilari creía que iba a explotarle la cabeza, no aguantaba más tanta presión, y se desmoronó cayendo de rodillas.

—Él estuvo con Maria —sollozó Hilari—. Pecaron a tu espalda hermano, es verdad, pero Maria te quiere —mintió—. Ella no tiene la culpa. Puede que haya pecado al practicar brujería, pero no tiene la culpa. El diablo la poseyó.

—¿Brujería? ¡Maldito seas Erola! —gritó Manel colérico, y emprendió una carrera hacia donde se encontraba Cesar.

Al verle venir tan furioso, Cesar pudo adivinar lo ocurrido, y lanzó los conejos al suelo. Luego de su bolsa extrajo un gran navaja que desplegó velozmente, asiéndola con fuerza a la par que arqueaba las piernas en posición de combate.

Invadido por la rabia, Manel se hallaba ajeno a cualquier miedo, y se enrolló la capa en la mano izquierda.

—¡Desgraciado! ¡Comemierda! —gritó Manel cuando tuvo a Cesar al alcance, tras lo cual, le apartó la navaja con la mano que tenía envuelta en ropa y le lanzó el puño como un martillo sobre la cara.

Cesar intentó resarcirse y cortarle, pero falló el ataque, y Manel le propinó una patada en la boca del estómago. El golpe no consiguió derribarlo, pero se dobló y el siguiente corte que lanzó Cesar fue sin mirar, y quedó también en el aire. Aprovechando el tambaleo, Manel lo golpeó de nuevo en la cabeza, y después le pateó el brazo con el cual sujetaba el arma. La navaja cayó al suelo, y Manel se apresuró en recogerla y sin miramientos, hundirla en el abdomen de Cesar.

El chillido de Cesar resonó en el valle, y provocó que Hilari se estremeciera desde la cima de la colina, afligido por las consecuencias de su pecado al haber roto el secreto de confesión. Los remordimientos le invadieron y un temblor frío se propagó por todo su cuerpo.

Aun cuando Cesar yacía encorvado con las manos

en las tripas, la cólera de Manel no se detuvo y se trasfiguró en sadismo, y le cortó una oreja antes de dar media vuelta con violenta energía. A Cesar la sangre le brotaba por la boca y el estómago, y apenas reparó en aquella mutilación. Sabía que iba a morir, notaba como se le escapaba la vida lentamente, y pretendió agarrar el pie a Manel en un intento desesperado de detenerlo. Pero las fuerzas le flaquearon y no llegó a asirlo, y desde el suelo vio como el heredero de los Taià se alejaba colina abajo. ¿Qué haría con Maria? —sólo podía pensar Cesar en su agonía, e invadido por una debilidad creciente, juntó los párpados con tal de contener el dolor—.

—¿Qué he hecho? —murmuró Hilari afligido, viendo a su hermano dirigirse hacia el bosque, navaja en mano y paso furioso—. Los he matado.

Estaba claro que Manel iba a por Maria, a buscarla a la masía. ¿Pero sería capaz de quitarle la vida también a ella? —se preguntó Hilari, aunque conociendo a su hermano y viendo lo ocurrido, bien sabía la respues-



ta—. Estaba petrificado ante el desenlace repentino de los acontecimientos. Unas simples palabras, un instante de debilidad, había propiciado una tragedia espantosa.

Cuando Manel desapareció tras la arboleda por el camino a Ca'ls Taià, Hilari salió de su conmoción y corrió hacia el cuerpo de Cesar con tanta precipitación que a punto estuvo de caer de bruces. Sujetó al moribundo entre sus brazos, que siquiera emitía quejidos intermitentes de agonía, y suplicó al cielo despertar de aquella pesadilla.

—Lo siento. Perdóname Señor, perdóname. Yo no quería que pasara esto —dijo tal que una plegaria—. Cesar, perdóname. Perdóname. Te absuelvo —y dibujó tembloroso una cruz en la frente de Cesar con la sangre que le encharcaba el torso, y después se santiguó—. Que el Señor con la gracia del Espíritu Santo te libre de tus pecados, te conceda la salvación y te reconforte en el camino hacia la muerte.

Entreabriendo los ojos, Cesar tosió y escupió algo

de sangre. Balbuceó el nombre de «Maria», pero pronto regresó a su ensueño moribundo entre gemidos y convulsiones.

—La va a matar... —lloró Hilari—. Lo siento...  
Yo no quería...

El viejo roble, habiendo presenciado tan terrible escena, se sintió muy triste y afligido. Había visto crecer a aquellos retoños humanos desde que nacieran, y los conocía como un padre a sus hijos. Por esta razón los tenía en gran estima, testimonio privilegiado de sus vidas, amores y desencuentros. La naturaleza del árbol era sosegada y ajena al mundo de los humanos, su cometido era contemplar el mundo, soñarlo, y no intervenir en él. Siempre impasible y escuchando, dejaba a los hombres que se complicaran la existencia con sus vilezas y contradicciones. Pero en aquella ocasión la ira desmesurada de Manel había perturbado el silencioso letargo del viejo roble. Se le había amargado la savia, y sentía que no podía permitir que asesinaran también a la pobre Maria. Esa niña dulce y feliz que 17 años

atrás le había cantado *Els tres tambors*, no se merecía caer muerta en manos de un sádico como Manel.

En un acto inaudito y con un esfuerzo inmenso, el mayor que había realizado a lo largo de su dilatada existencia, el viejo roble movió una rama gruesa que ningún viento era capaz de desplazar. Sí, la movió por su propia voluntad, una voluntad firme y arcaica. Desde abajo la colina Hilari percibió el desplazamiento por el rabillo de ojo, aunque pensó que estaba perdiendo la cabeza. Pero lejos de detenerse el espectáculo prosiguió, y el roble agitó sus ramas más delgadas, como quien desentumece los dedos. El crepitar alertó a Hilari, que asombrado dejó a Cesar y se puso en pie. Y el roble continuó retorciéndose, con parsimonia, aunque cada vez con algo más de soltura.

—Señor... —dijo Hilari boquiabierto.

Las hojas vibraron, y el roble se estiró con tal de levantar las raíces. Éstas eran muy largas y profundas, y de primeras apenas agrietó ligeramente el suelo. Volvió a estirar, y resonó un gruñido gutural que Hilari no

sabía si salía del viejo roble o de la tierra abriéndose. Al fin, con los suelos en las cubre del cerro totalmente resquebrajados, el roble sacó sus raíces y estas ondularon como lo harían los tentáculos de un pulpo.

Si bien no disponía de ojos, Hilari notó que el árbol le miraba con un millar de ellos inmiscuidos en los oscuros pliegues de su corteza. ¿Era el demonio que venía a llevárselo? —se preguntó aterrado el sacerdote—. ¿O era sólo producto de su imaginación, de la locura que despertara en él tanto horror?

Pero el viejo roble ignoró a Hilari, y empezó a descender en otro sentido la pendiente de la colina, en un caminar que Hilari consideró arácnido. Con lentitud las raíces iban empujando el pesado árbol a través de la hierba, que quedaba aplastada a su paso, y como si fueran conscientes del excepcional acontecimiento, numerosas bandadas de pájaros emergieron del bosque y echaron a revolotear sobre las copas de los árboles. Para Hilari el piido frenético de los pájaros resultaba un cántico delirante, y perdió el conocimiento junto el

cuerpo ya sin vida de Cesar.

Una niebla difusa se extendía por las zonas bajas aledañas al bosque, y el viejo roble en su marchar vacilante se adentró en ella. Pronto el sol naciente hizo brillar la bruma, que fue disipándose paulatinamente, y lamió con sus cálidos rayos la oscura corteza del árbol andante y sus hojas cetrinas.

El viejo roble prosiguió avanzando por la linde del bosque, descubriendo parajes antes inalcanzables para un ser inmóvil como él. Prados y caminos que nada más conocía desde la lejanía, con olores, colores y texturas inusitadamente bellas. Pero el roble tenía un cometido, no se despierta de un sueño milenario para oler las flores, así que sin entretenerse en aquellas distracciones avanzó tan raudo como pudo. Aunque sus raíces, entumecidas por la lóbreguez del inframundo, serpenteaban en una oscilación pesada y aparentemente perezosa. Era todo el vigor que la densa savia del viejo roble podía arrancar a sus fibras leñosas.

Los pájaros seguían revoloteando y piando allá a

lo lejos, sobre la verde cubierta del bosque, pero un par de ruiseñores solitarios que canturreaban en una encina cercana, volaron hasta posarse en una de las ramas del viejo roble. Pero al moverse, salieron volando de nuevo, y el árbol percibió como se alejaban indiferentes. En las mentes diminutas de los ruiseñores no cabía ninguna sorpresa ante el excepcional caminar del roble. Él lo sabía, como también sospechaba que en verle los hombres no entenderían su naturaleza, y lo tacharían de mágico o demoníaco. Lo venerarían o temerían, pero lo seguro es que jamás podría volver a dormir por los siglos. El haber decidido tomar parte en el asunto implicaba el fin de su tranquila existencia, y se cuestionó si tanto valía la simple vida de un ser humano. Porque también los árboles dudaban, y a veces se equivocaban.

El viejo roble cruzó un pequeño afluente del Cirso, y el frío cosquilleo del agua le refrescó enormemente, animándole a llevar a cabo un último esfuerzo. Dejó el gorgoteo atrás y vio al fin la masía de los Taià

alzándose delante de él, tras un llano salpicado de retorcidos olivos. Sus hermanos olivos ni se percataron de su paso, pues tenían una savia que no era capaz de vibrar como la del ancestral linaje del viejo roble, y poco a poco el gran árbol se aproximó al caserón de piedra.

Cuando llegó a la era empedrada de enfrente de la masía, se hizo patente la quietud de la mañana con sus ladridos lejanos y calma soleada. El árbol se vio rodeado por un silencio sereno, y no lograba captar ningún sonido o voz que manara de dentro de la casa. El viejo roble restó inmóvil unos instantes, expectante. Después desenrolló una de sus ramas más largas y golpeó una de las ventanas de arriba, rompiendo el cristal en mil pedazos. Y a la vez que llovían los cristales sobre la era, el grito apagado de Maria resonó en el aire, aunque no provenía de dentro de la casa, sino de detrás de ella.

—¡Déjame primo! ¡Déjame salir! —voceaba Maria—. ¡Perdóname, por clemencia!

El viejo roble rodeó el edificio con un caminar cada vez más pesado, agotado por el sobreesfuerzo que le había supuesto llegar hasta la masía de la familia Taià. Detrás de la casa halló a Manel junto al granero, portando una antorcha encendida en la mano.

—¡Déjame salir primo! ¡Por favor! —repitió Maria desde dentro del granero.

Al ver al roble aparecer por el flanco de la casa, de primeras Manel se quedó paralizado y atónito. Increíblemente se frotó los ojos con la mano que tenía libre, pero el espejismo persistió, y retrocedió unos pasos hasta chochar con el pozo.

—Es una bruja, Hilari tenía razón —murmuró Manel, para a continuación blandir la antorcha mientras gritaba—: ¡Aléjate Satanás! ¡Quemaré a tu súcubo!

El roble desplegó sus ramas y las alzó para sacudirlas con violencia, en un crujir gutural y oscuro. Pero Manel no se amedrentó lo más mínimo, y se apresuró en agarrar un tonel metálico y correr hacia el granero



con tal de incendiarlo con Maria adentro.

El viejo roble comprendió que debía impedir que llegara con la antorcha al edificio donde permanecía cautiva Maria, así que se abalanzó tan rápido como pudo hacia su adversario, logrando plegar uno de sus brazos entorno a la cintura de Manel. Éste luchó por escapar, atizando con el fuego el tronco que le aprisionaba, pero la rugosa corteza del árbol apenas se dañó, y sólo se oscureció de forma superficial.

El roble enfurecido levantó y zarandeó a su presa, pero Manel no soltó el asa del tonel ni la antorcha. Luego el roble le acercó al tronco desafiante, apretándole cada vez con más intensidad en un abrazo mortal. Era como si el viejo roble le estuviera mirando a la cara —sintió Manel, que empezaba a costarle esfuerzo respirar a causa de la creciente presión—.

—¡Suéltame abominación del diablo! Soy Manel Taià i Figueres, hijo de Vicenç Taià y heredero de la gloriosa estirpe del abuelo Narcís. Estas tierras son mías, igual que son míos todos aquellos que habitan en

ellas. ¡Maldito roble! ¡Eres el roble de la colina! —se percató Manel—. Tú también eres mío. ¡Soy tu señor! ¡Suéltame!

Pero el viejo roble hizo caso omiso, y apretó todavía más a su cautivo. A punto de que se le quebraran los huesos, sacando fuerzas de la desesperación, Manel arrojó el tonel todavía lleno de queroseno a la copa del árbol, y el líquido inflamable se desparramó embadurnando algunas hojas y el tronco principal. Seguidamente lanzó también la antorcha, y un fogonazo cegador estalló, propagándose con rapidez las llamas por las ramas del viejo roble.

Cuando vio al árbol arder, Manel esgrimió una sonrisa perversa y sádica, pese a que el dolor le resultaba ya casi insoportable. El fuego quemaba la corteza con brío, y en breve todo el follaje de la copa prendió tal que una antorcha gigante. La savia del viejo roble empezaba a hervir, y el árbol se dio cuenta que estaba perdiendo la capacidad de moverse. Así que antes de quedar inerte, el viejo roble llevó el brazo que estrujaba

a Manel hasta su copa ardiente. El calor le abrasó la piel al heredero de los Taià, y bramó de dolor, para quedar asimismo de inmediato cubierto de llamas. Pronto una inmensa fogata envolvió por completo el árbol y los berridos de Manel cesaron.

El viejo roble y Manel, ya inmóviles, ardieron juntos por horas y horas, acompañados por el chisporroteo de la madera y el silbido vibrante de la savia al escapar. Al apagarse el fuego, los dos habían quedado totalmente calcinados. Como una estatua macabra el roble todavía sostenía el cuerpo negro de Manel, aunque de sus cientos de ramas siquiera se mantenían erguidas las más gruesas.

Fue entonces cuando los demás habitantes de la masía, que había vuelto al ver la humareda, oyeron los sollozos de Maria y la liberaron.

Al día siguiente llovió, y las cenizas fueron filtrándose progresivamente en la madre Tierra. Maria contemplaba el esqueleto opaco del viejo roble desde su ventana, sin entender por qué la había salvado, con-

fundida entre si aquello era obra de Dios o del Diablo.  
Pero el roble no tenía amos, y se diluyó para dejar de  
ser roble, pasando con el tiempo a ser tierra.

Quizás luego planta, animal o persona.



# R&R

## *Raíces y ramas*

De la naturaleza que de pequeño me enseñó su cadencia y armonía, ahora vislumbro la importancia de su regalo. Cuan bien me hicieron aquellos fines de semana entre nieblas, saltamontes y romero.

Mi padre me hablaba de los árboles, de prácticas de cultivo y de dichos populares. Como cualquier niño, no prestaba demasiada atención, y todo aquel conoci-

miento se perdió en el oscuro mar del olvido. Bueno, puede que no todo. Puede que algún refrán o alguna ceremonia arcana de fertilidad sobrevivieran, pero la mayor parte se perdió.

Sin embargo, lo que realmente permaneció grabado a fuego en mi mente fueron otros aspectos más sutiles del entorno. Los aromas, tan delicados y embriagadores, como el de la tierra mojada o el del tomillo. Las sensaciones, desde el frío del rocío al calor palpitante del fuego del hogar. O los sonidos, el concierto mañanero de los pájaros o el siseo del viento a media tarde.

Aquello conformó un legado maravilloso de valor incalculable, que desde la lejana infancia a menudo me acompaña y me susurra, mientras escribo, adjetivos o imágenes que describir. Hecho a patrón de una humanidad fractal, ahora de mayor riego las plantas con mimo e intento recordar sus particularidades con esmero. Para recitárselo a mis hijos, y que tampoco me escuchen, para que así quizás el día de mañana se

acuerden de sus fragancias.

A partir de aquellas experiencias que atesoraba en mi corazón, quise escribir una historia que fuera un homenaje a ese universo natural que tanto me aportó. Aunque nunca viví directamente el entorno campesino, siendo un hijo de la ciudad que siquiera pasaba los fines de semana entre zarzas y patatas, me pareció que podía llegar a penetrar en sus usos y costumbres si me esforzaba lo suficiente. Es pues, la mente del mundo rural, un entorno simbólico fundamental para entender gran parte de los conflictos que nos atormentan en nuestros días. Del campo venimos, y desde hace muchísimos siglos esta dicotomía campo-ciudad, que es una dicotomía de tradiciones, ha sido la base ideológica, por lo menos en España, de izquierdas y derechas, de liberales y carlistas.

Pero nada es blanco o negro en esta vida, sino que en los matices se halla un atisbo de escurridiza realidad. He ahí Manel, orbitando entre el humanismo y la agricultura. O Cesar, ese chicarrón de campo que pro-

fesa actitudes más liberales que las que muestra una persona instruida como pueda ser el heredero de los Taià. Porque el entorno no condiciona el fondo, sólo le da forma y color, y lo viste de prejuicios y asunciones. Así, Manel, Cesar, Maria o Hilari, son personajes que aspiran a ser humanos, con sus luces y sus sombras, bajo la copa del verdadero protagonista de la historia: el viejo roble.

Ésta no era la primera vez que un árbol ocupaba un puesto predominante en uno de mis relatos, ya en «*Im garten Eden*», en 2015, un melocotonero aparece como elemento principal alrededor del cual se desarrolla la búsqueda desesperada de un antropólogo Nazi. Por ende, es posible que algún día me anime a completar esta trilogía arborícola con la novela de un almendro o un cuento sobre una encina.

Bromas aparte, el viejo roble en mi imaginario es el arquetipo de aquellos árboles impassibles que veían como yo jugaba a sus pies cuando era un niño, y ahora me contemplan de mayor cortando la hierba. Árboles



que habrán visto guerras y generaciones de hombres sucumbir. Este arquetipo es común en numerosos follores del planeta, y aparece plasmado en la mitología moderna a través J. R. R. Tolkien y sus *Ents*, de hablar lento y exasperante. Los árboles animados son una fantasía inevitable que nace de la empatía humana, al otorgar nuestras cualidades a prácticamente cualquier objeto que se nos presente delante. Vemos caras en las piedras, dioses en las estrellas o sonrisas en las nubes. Y para no contradecir esta realidad onírica, invéntanos cuentos y leyendas, que quizás no hablen de árboles ni demonios, sino de personas muy humanas.

Lo que está claro es que los grandes árboles son existencias que viven a otro ritmo, inversamente a la celeridad atómica, su grandeza les otorga calma y parsimonia, moviéndose a una velocidad imperceptible a nuestros ojos. También cabe fantasear que, desde el punto de referencia del árbol sea al revés, y seamos nosotros quienes nos agitamos con premura tal que estelas fugaces, tan rápido que casi parezcamos invis-

bles. Si bien es verdad que sin ojos no puede haber vista, también es plausible que existan otros sentidos a los que los animales somos ajenos, que sigan una lógica y un tiempo que actualmente no podamos llegar a comprender.

Desde mi primer libro en 2009 (*Reflexiones sobre la Realidad*) pasando por mi primera novela en 2014 (*Espejos circunflejos*) hasta este relato ligero de amoríos y naturaleza que acabas de leer, mi finalidad siempre ha sido entretener compartiendo ideas y sensaciones. Cada lectura es un éxito, cada suspiro una joya que da sentido a tanto esfuerzo. Si te ha gustado el relato, te invito a que lo difundas. De no ser así, coméntame sin reparo tu opinión para que pueda mejorar y crecer. Pero el fin de toda historia no es más que el comienzo de otra, y cada relato es un nexo entre sus antecedentes y sus consecuencias. Aquí termina «*Cuando el roble escucha*», y aquí empiezan los demás cuentos que aún me quedan por garabatear.

Es el fin, y sólo deseo haber despertado en ti algo

de magia. Que cuando pasees junto a un gran árbol centenario, aunque sea por un instante, nazca en ti la sensación de que alguien te está escuchando. Y roces su corteza como quien acaricia las rugosas manos de su abuelo, y sientas que él estuvo ahí mucho antes, y puede que esté mucho después. El roble te escucha, escúchalo tú a él.

